

REPERTORIO AMERICANO

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 5 DE NOVIEMBRE

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Los políticos

...Cada vez tiene mayor predicamento—sobre todo entre ciertas clases sociales—la idea simplista de que todo marchará mejor sin los políticos, inútiles aunque sean excelentes. Tememos que esta equivocada idea tome demasiados vuelos con la supresión de los altos cargos políticos en esta etapa de Directorio militar, cuando se observa que, en apariencia y tomando las cosas a corto plazo, la máquina del Estado funciona sin tropiezo. Y acaso al suprimir radicalmente los políticos se haya cedido tanto a la necesidad como a esta idea primaria. Vemos demasiada alegría cada vez que se abandona una función o se suprime un cargo, a veces importante y necesario. Afortunadamente, el Directorio ha declarado la provisionalidad de esta situación, que nos llevaría, de perseverar, a un estéril funcionarismo, rutinario y miope.

Comerciantes, industriales, obreros, militares, en suma, todas las clases sociales, creen poder prescindir de la otra clase social de los políticos. Y de la misma manera que ahora los militares han tomado la ofensiva, antes la habían iniciado los demás; y de la misma manera unos han preconizado un Parlamento de representantes de productores y comerciantes, otros la dictadura del proletariado, etc., etc. Cada cual cree poder resolver los problemas nacionales con su visión cerrada de clase y gremio, desde su clase, con sus juicios y prejuicios. Pero gobernar es precisamente coordinar los esfuerzos de todas las clases sociales y exige una mentalidad más amplia que aquella donde se ha formado el «pliegue profesional». El político profesional, es decir, el técnico de la política, es tan necesario como el técnico de la guerra o el técnico de la industria. No gobierna cualquiera, sino, precisamente, el político, el hombre dedicado exclusivamente a la política, que tiene la afición y la técnica. El problema de la democracia en este punto está en esta contradicción: que cualquiera puede llegar a gobernar, pero que no

gobierna cualquiera. Se ha quitado de las manos el gobierno a los políticos, por su condición de políticos; mas llegará un día en que habrá de entregarse

la dirección nacional a los políticos— a otros—precisamente por ser políticos y no otra cosa. Por eso juzgamos un poco pueril esa alegría con que se suprimen cargos y se dan y reciben las notas detallando las economías por tal concepto, como si fueran a ser eternas.

(El Sol, Madrid).

Ideología política contemporánea y pugna de los viejos principios

(Especial para REPERTORIO AMERICANO).

BUNGE ha señalado con sombrío lápiz las varias causas que determinan actualmente la desorientación social y moral del siglo; no hay pensador casi que no sienta la imposición del imperativo de negación frente al derrumbamiento de todas las codificaciones del pensamiento moderno; el intento de Nietzsche y de toda la filosofía alemana acaba de caer; Sallière ha hecho notar en qué base descansa la palanca destructora de esa brutal ley selectiva, y hasta en España comienza a revelarse el impulso por el plano de menor resistencia con los prolegómenos revolucionarios de Gasset y del Grupo de la Asociación Política Moderna Española; lo mismo sucede en Francia con el grupo de zapadores de Barbusse; Alemania ha comenzado por la República y el fraccionarismo, y Rusia ya no es peligro, sino una explicación del Evangelio. Quedan solamente los Estados Unidos e Inglaterra, como contrapesos gigantes, aunque ya el uno tiene, como el estoico griego, la zorra entre la camisa: me refiero a los Ku Klux Klan, entidad secreta cuya filosofía no se conoce, pero que por sus efectos está probando que se encuentra en condiciones de imponer un vigoroso principio social por medio de un extremo capital: la supresión del individuo.

Hablo de esto porque parece sustentar un efecto manifiesto del actual estado de cosas en el mundo, después del desbarajuste de los sistemas políticos actuales: los Gobiernos institui-

dos a base de ligas comerciales y diplomáticas se han separado tanto del principio filosófico que los ha mantenido (y que implican un lapsus de la Historia, solamente) que hoy la disgregación de los representativos es de orden riguroso: las Ligas Socialistas de resistencia, organizadas en Europa y en América, y muy brillantemente en México, comienzan a operar un milagro de sinceridad, o por lo menos de concesiones, a los pueblos. Habíase pervertido, en efecto, el principio de lo puramente *representativo*, y los Gobiernos, por el único hecho de tener la fuerza a su disposición, traían y llevaban las cosas al antojo de los núcleos parasitarios; imponíase una ruptura *procesiva*, indirecta, y casi se ha conseguido.

Temíase, por supuesto, a un escollo respetable: aquel viejo sistema de juramentaciones a la Constitución, con el cual se asustaba a las muchedumbres sin escuela, va desapareciendo; porque pretender encadenar a viejas fórmulas la constante renovación del pensamiento popular, era como sacrificar al dios a los pies del cabrío, y hoy hemos vuelto al principio de que, permaneciendo el hombre, sus instituciones perduran, con las modificaciones que el hombre les impone en el tiempo y en el medio. Hasta hace poco, las Constituciones no hablaban explícitamente de la distinción entre los GOLPES DE ESTADO y el DERECHO DE REVOLUCIÓN; este nuevo principio se debe, positivamente, a México, en

cuyo seno se ha iniciado por modos intensivos, la unidad de PUEBLO y GOBIERNO. Hasta dónde este cambio puede afectar los destinos de Centro América, puede calcularse por la lección de civismo que está dando al mundo ese país en donde ya es un hecho el lema de Tierra y Libertad. En Centro América se cree que (y lo digo por sus representantes) esas presunciones están condenadas por las legislaciones, y que los efectos de los cambios son siempre regresivos; sucede esto porque en Centro América no conviene a los Gobiernos trastear en los *derechos adquiridos* del poseedor de tierras y de capital, y es el capitalismo *soi disant* científico el que pesa y mide las situaciones para crearse gobiernos. Una de las formas prácticas para mejorar las condiciones gubernativas en Centro América es ayudar a crear estas distinciones en la filosofía constitucional y en procurar por todos los medios posibles, el advenimiento de grandes organizaciones del trabajo. De esta suerte, creando el equilibrio de fuerzas productoras y explotadoras, los Gobiernos quedarían reducidos a simples representaciones generales, y en el Socialismo Organizado, a potencias de control industrial y agrícola. Desgraciadamente, aun no se entienden las cosas de esta manera, y los pueblos se entretienen en vegetar mientras los Gobiernos oligárquicos asumen «la patria» y el provecho.

¿Es cierto que los Gobiernos representan siempre la voluntad de los pueblos? Falso de toda falsedad. Algo peor; en Hispano-América, sobre todo, los Gobiernos contravienen, con lujo de exposición, los deseos mayoritarios, y se *independizan* del pueblo al extremo de que en ciertos países, se parecen al invasor. Esto proviene de los intereses creados, del prejuicio oligárquico; y fué concesión en Aristóteles colocar entre la menos mala de las fórmulas políticas, la oligarquía (colocada, desde luego, entre las malas); pues lo mejor que puede acaecer a la violencia es que en realidad lo sea, para que así acabe pronto. Mientras subsistan, pues, las condiciones expuestas, ninguna Constitución puede prevalecer como tabla de ley sino contra el golpe de estado, y se impone la revolución. No es necesario aclarar este concepto, sobre todo si se hace el simple distinguo filológico; los golpes de estado, que casi siempre demuestran un pésimo estado de la economía social, contienen un mero cambio de representantes, y no una transformación de problemas, y la revolución es eso: cambio de procedimientos jurídicos y morales.

Por otra parte, estudiando los efectos de una acción semejante de cooperación social, queda el ya debatido

problema del igualitarismo, juzgado por el orgullo de las castas intelectuales que se arrogan el papel director, tanto en el arte como en la política: para la filosofía del Arte (o del exclusivismo estético, mejor dicho) es una fórmula negativa, porque pretenden que, (juzgando la fórmula antisocrática) el grupo de los mejores es una selección natural, entendiendo por selección capacidades especiales de juicio y de contemplación; lo cual es falso, pues la naturaleza en sí nada selecciona ni acendra, sino la constante actividad del espíritu y las facilidades ambientales. Esta es la teoría de la Revolución, cuyo plan se opone totalmente a las presunciones nietschianas y a las divisiones introducidas por la filosofía dionisiaca.

Se ha hablado mucho del «gobierno de los mejores»; pero en verdad, no se ha determinado el concepto de *lo mejor*, y todas las discusiones han quedado reducidas a conceptos sobre palabras, según el criterio de Stuart Mill; sea ello como fuere, lo mejor, para la filosofía revolucionaria, es lo

que entraña un sentimiento más álgido de las necesidades, y los libertadores surgen precisamente como impelidos por ese sentimiento; y aun estando ayunos de cultura intelectual, su voluntad entiende mejor la norma de acción que el juicio abstracto. Por lo demás, la voluntad comienza a ejercer en el mundo un poder que nada refrena; entendida como amor práctico, como potencia concretiva, nada la supera; y relega la importancia de la teoría a la categoría de los cocientes, en vez de elevarla a la especie causal.

Quedaría por determinar el papel del Arte en una sociedad organizada en la forma revolucionaria; se ha pensado que el igualitarismo destruiría la filosofía apolínea de lo Bello, y es falso también; pero es menester estudiar aparte este punto, y lo vamos a ensayar.

RAFAEL CARDONA.

México, 18 de setiembre de 1923.

(Publicado en *El Demócrata* y en *El Pabellón Rojo*, de Yucatán).

¿Por qué está pobre Guatemala?

GUATEMALA no es pobre, sino que está pobre. Su pobreza no es material, sino moral.

Sus regiones son tan pródigas y fecundas, su flora y su fauna son tan privilegiadas, que nunca llegaremos a morirnos de hambre, como los infortunados rusos.

El empréstito que iba a negociarse con la casa Blair, era ruinoso para el país, como lo demostraron oportunamente los entendidos en finanzas. Luego, no necesitamos de empréstitos, porque cualquiera que sea la cantidad que se reciba, se malgastará pronto, y como noticia positiva de esos millones, no quedará más que una nueva carga para la República, mayor ambición a los politicastos y fomento de pereza a los empleados públicos.

Casi todos los contratos de fomento, han sido vendidos en lo particular y comprados oficialmente; es decir: que mientras rebalsa el oro en los bolsillos de los particulares, contratistas y defensores de contrato, aumentan las deudas y compromisos de la Nación. Luego, no necesitamos de ferrocarriles y demás mentidas glorias que cuestan el sacrificio nacional.

Hasta los perros escucharon ya que la esencial riqueza de Guatemala se origina de la Agricultura. Luego, la sabiduría del Gobierno consistirá en fomentar (no jumentar) ese poderoso ramo, pero fomentarlo así: protegiendo

de hecho—no de palabra—a los agricultores, procurando el aumento y bienestar de los peones, disminuyendo o dejando libres los derechos de importación de maquinarias agrícolas, cargando fuertemente los derechos o prohibiendo la importación de productos vegetales que tenemos cultivados.

Pero—en cambio—será entorpecer la agricultura y practicar errores administrativos: quitar el peón que cultiva los campos para encerrarlo en los cuarteles, importar maíz, arroz y otros productos que en Guatemala se cultivan; fijarles precios baratos a los productos, etc.

La instrucción popular y laica, es ocupación primordial de todo gobierno progresista, es útil y laudable cuando se atiende positivamente. Cuando se emplean preceptores viciosos y mal remunerados, cuando se fundan escuelas en abundancia, pero sin materiales para enseñar, cuando el fomento de este ramo es también fementido y no positivo; cuando se prohíbe a los maestros hablar en el recinto de las academias de política y religiones—conocimientos que se enlazan con ciencias trascendentales como la Historia y la Moral, (cual sucede entre nosotros): la instrucción resulta nociva y risible. Es necesario—entonces—poseer pocas escuelas correctamente atendidas, y no muchas de apariencia.

El prurito de nuestros gobiernos es legislar. En dando a cada momento nuevas disposiciones, aunque impliquen sólo errores, ellos creen dejar un nombre colosal en la historia. Es intolerable que yerren tanto, si el Gobierno no se compone de varios individuos entre quienes los hay muy inteligentes e ilustrados.

Si en otra ocasión tuviéramos que examinarlos en Geografía de Centro América y los examinadores nos preguntaran cuáles son los mayores productos del país, nos replicaríamos sin vacilar: café, azúcar, maderas y leyes.

¿Por qué se precipitan, se afligen o encolerizan los ministros?

¿Por qué suponen que sólo un empréstito, podría lenificar la situación de la Patria? ¿No saben—ino lo saben todavía!—que el patriotismo es la llave de oro que abre las puertas de caminos que conducen al honor, al bienestar y a la riqueza nacional?

Pobres están casi todos los cacicatos de la América Latina, porque desde la Independencia hasta nuestros días,—con rarísimas excepciones—han estado gobernados por la razón de la fuerza (y no por la fuerza de la razón) de núcleos de hombres inhábiles, cuya base de gobierno es enriquecerse a costa del Erario, y pasar a la historia con fama, nunca con gloria!

Guatemala — por ejemplo — tiene cuanto dinero debe, produciría cuanto consume y fuera demasiado feliz, si sus leyes fueran respetadas como leyes, y sus caudales manejados como ajenos.

Así viven y vivirán por largo tiempo muchas naciones latino-americanas, apenas si se exceptúan Uruguay, República Argentina, Chile y México. En las demás—ante la vileza de Beneméritos de cera que se desploman al más leve calor de las discusiones,—la ambición, la traición y la ruindad es tanta, que hasta los Andes, con todo y ser tan grandes y soberbios, se asombran y estremecen en cóleras divinas!

Si para ser millonarios, si para lucir y representar inmerecidamente a la patria en naciones extrañas—derrochando sus últimos caudales—si para subir una grada frecuentemente con cieno, hemos de sacrificar a la patria de la manera más ruin, preferible es empuñar el hacha y tumbiar árboles en el bosque, o romper con el arado las entrañas de la tierra o forjar el hierro en el yunque, con tal de escuchar con la conciencia tranquila y plétóricos de amor—en cada palpitación—este dulce y sagrado nombre: patria, patria, patria!

Muchos se han fijado que en cada cambio de gobierno, los directores de partido, (no *leaders*, porque teniendo patriotismo y rectitud, no necesitamos ni de palabras extranjeras para menospreciar las nuestras), cancelan

sus deudas, compran haciendas y levantan palacios, rivalizando de un día para otro, sus riquezas con las de Trimalción y de Cresos.

Están pobres estas jovencitas naciones, porque frecuentemente se roban el 50% de sus caudales los empleados que los manejan.

En Alemania la moneda no vale nada, pero el patriotismo vale mucho, porque aquellos ciudadanos defienden y levantan a su patria, en fuerza de saber y de valor. Entre nosotros—la moneda y el patriotismo en baratura van paralelos—porque lo perdemos cada día en fuerza de miedo y de ignorancia.

Guatemala está pobre porque sus leyes no están inspiradas en la naturaleza y costumbres de sus habitantes.

Guatemala está pobre, porque sus partidos políticos se disputan y arrebatan el Poder, únicamente con sed de venganza, con ambiciones de mando y con ambiciones de lucro.

Guatemala está pobre, porque frecuentemente no rigen las leyes, sino el capricho extraviado de quienes las manejan.

Guatemala está pobre, porque jamás se estudia y equilibra el Presupuesto: hay sueldos que asombran y sueldos risibles. Hay empleados inútiles y empleos que sobran. Para cosas superfluas se gasta bastante y para cosas interesantes se observa miseria.

Guatemala está pobre, porque su justicia es mala y se fomenta la criminalidad: nuestras vidas están a la orden de asesinos, nuestros bienes a disposición de los ladrones, nuestra reputación y libertad al antojo de calumniadores y testigos falsos, quienes son mejor atendidos que las víctimas.

Guatemala está pobre, porque gran número de periodistas, lejos de moralizar a la sociedad, la corrompen, fomentando la adulación y demás vicios

a que dan lugar los periódicos serviles y volubles.

Guatemala está pobre, porque el decoro profesional es ejercido por muy pocos ciudadanos: raros abogados atienden asuntos que van contra la autoridad, los demás tiemblan de miedo; raros son los abogados que atienden a los pobres, porque no abundan en tesoros qué extraerles y raros son los que tienen sinceridad para sus clientes y cumplen sus deberes. Ningún criminal sufre la pena de sus delitos, porque abundan los médicos que con alguna suma anticipada, ven en ellos demencia para declararles irresponsables, o enfermedad grave para excarcelarlos.

Guatemala está pobre, porque los agricultores no se apoyan ni protegen mutua y sinceramente.

Guatemala está pobre, porque la mayor parte de sus obreros carecen de esmero y puntualidad, de donde se origina la preferencia a obras extranjeras, aunque a veces sean inferiores a las del país.

Guatemala está pobre, porque a sus habitantes se les va la fuerza moral y física, el tiempo y el dinero, en los vicios. Juegan dinero hasta las autoridades, aunque es prohibido jugar; se fomenta la venta de licores y se ampara la prostitución.

Guatemala está pobre, porque siguiendo histórica y etnológicamente aguas arriba, vamos a encontrar grandes defectos en nuestros progenitores: males heredamos de los prístinos habitantes de América, y hoy—, con motivo de la insurrección de Marruecos— España no está para que le echemos en cara el lamentable estado de sus antiguas colonias...

Guatemala está pobre, porque abundamos en pereza, egoísmo—, degeneración general—, porque respetamos al malo y perseguimos al bueno; por-

Octubre, 24 de 1923.

El Patronato de la Colonia Escolar Permanente suplica a Ud. haga publicar en el periódico que Ud. dirige y en un lugar visible, el siguiente aviso. De este modo Ud. ayudará en esta campaña de mejoramiento social:

¿Quiere ₡ 1,000 (mil colones) para sus gastos de diciembre?

La Colonia Escolar Permanente, rifa ₡ 1,000 (mil colones) en combinación con la lotería, que se jugará el 2 de diciembre. El billete que equivale a diez números de los de la lotería vale ₡ 1-00 (un colón).

Si se le ofrece un número, no lo desprecie. Piense que con muy poco esfuerzo puede ayudar a una institución que trabaja por el bien de los niños del país.

que el pobre bota el dinero en vicios y lujo, y el rico lo guarda bajo cien llaves con perjuicio de todos.

Por eso está pobre Guatemala, por eso están pobres muchas naciones de nuestra hermosa América, cuya situación es semejante, porque no hay patriotismo, porque el patriotismo ha muerto!

No le prestemos ni pidamos dinero a los yankees, a cambio de granjerías; no necesitamos oro.

Pidámosle patriotismo, mucho patriotismo a los moros de Marruecos; a los *boers* de Africa, a Irlanda, a Bélgica, a México, pueblos gloriosos que no se venden.

Guatemala, como varias naciones de la tierra, está muriéndose. Su pobreza es bastante, su degeneración inmensa, su situación deplorable.

Así como el buen médico, antes de recetar, observa la enfermedad e in-

vestiga su origen, así quienes se propongan favorecer a su patria de algún modo, primero deben conocer claramente su situación y remontarse a sus orígenes, para darle después el tratamiento que merece.

Para resucitarla, no es indispensable bajar el cambio, ni traer dinero prestado, ni fomentar ferrocarriles febriles.

Sólo un remedio hace falta: un remedio sublime, divino y barato: se necesita de patriotismo, patriotismo y más patriotismo!

Para llegar al ejercicio del patriotismo, es necesario: 1º Saber en qué consiste la patria; 2º Creer en la necesidad y utilidad de la patria; y 3º Tener el afán y el valor de engrandecer esa patria.

GERARDO B. JEREZ

(*El Imparcial*, Guatemala).

El secreto de Don Juan

(NOVELA CORTA)

UNO de esos últimos compromisos de la tarde, cuya tiránica futilidad asume carácter de obligación en el atolondramiento de las ciudades populosas, más atareado que el trabajo y más mudable que la inquietud, habíamos acarreado, con el retraso fatal de las citas porteñas... sin carácter íntimo—, pues quiero creer que las de esta clase formarían la excepción, aun aquí—, el contra-tiempo de no encontrar comedor reservado en aquel restaurante, un tanto bullicioso, si se quiere, pero que nuestro anfitrión, Julio D., consideraba el único de Buenos Aires donde pudieran sentarse confiados en la seguridad de una buena mesa, cuatro amigos dispuestos a celebrar sin crónica el regreso de un ausente.

Debimos, pues, resignarnos a la promiscuidad, por cierto brillante, del salón común, con sus damas muy rubias, sus caballeros muy afeitados, su orquesta muy frecuente y su iluminación de joyería, que valorizaba con limpidez ojos seguidores y diamantes audaces; pero Julio D. consiguió, a título de cliente privilegiado, la promesa de una eventual desocupación para tomar el café a solas.

Todos ustedes conocen a Julio D. lo suficiente para dispensarme la inicial de su apellido que han completado sin vacilar, pero tras la cual disimulo, en la semitransparencia de la buena educación, no exenta, para el caso, de justa ironía, la característica falta de puntualidad con que nos había retrasado siendo, no obstante, el anfitrión. Verdad es que el desenfadado compañero sabe, al propio tiempo, ganarse todos los perdones, con la afectuosa lealtad de un cariño rayano en abnegación para quien merece su amistad, y hasta con la firmeza ya proverbial de su defecto. Franco, varonil, corazón de oro en el más amplio sentido de la palabra, es, res-

pecto al tiempo, valioso e inseguro como un reloj de mujer. La comparación pertenece a Julián Eguía, quien, comentando cierta vez en el Círculo de Armas la «deliciosa inexactitud» y el imperturbable valor de nuestro amigo cuyo padrinazgo desempeñó en aquellos dos lances que nadie olvida, habíalo definido con uno de sus habituales juegos de palabras:

—Como buen estoico que es, tiene la despreocupación de la última hora.

Por ahí habrán acabado ustedes de conocerlo.

No tengo, en cambio, para qué ocultar el nombre de los otros dos comensales: Fabián Lemos, el conocido «sportsman» aficionado a las letras clásicas que cultiva con acierto, aunque negándose a publicar, lo que, sin duda, es una lástima, y ese eterno desterrado y brillante conversador de Julián Eguía, que

va frizando los sesenta y cinco en incansable vagancia—, o mejor dicho, acaso, divagación de artista estéril—, por todas las capitales con excepción de la nuestra—, y suya, hasta la médula del viejo porteño que es—, pues sólo reside acá un trimestre cada dos o tres años, sin perjuicio de proclamar que, en suma, Buenos Aires le parece la fea más agradable del mundo.

Sí, pues, Julián Eguía, en persona, con su chispa elegante, sus retruécanos, nada insistentes, por lo demás, su discreto saber, y hasta sabiduría, de gran viajero y de gran lector, su dejo romántico y sus narraciones extraordinarias, que no debe interrumpir la más mínima duda, so pena de provocar en castigo un silencio irreductible y una curiosidad mortificada con verdadera maestría.

Inútil añadir que nuestra comida celebraba uno de sus regresos.

El recién llegado manifestábase más contento que nunca:

—Seña inequívoca de que te volverás pronto—, dijo Lemos, empleando, a pesar de una diferencia de treinta años, el tuteo que autorizaba la frescura realmente notable de su interlocutor, con cierta impertinencia de camarada jovial.

—Así ha de ser, mal patriota—, recalcó Julio D.

—Cuestión de temperamento. Yo necesito alejarme para querer más a la patria, como tirando la cuerda se le levanta el temple.

—Sin embargo—, dije a mi vez—, sostienes que Buenos Aires te gusta.

—No cabe duda. He dicho que es una fea digna de ser amada. Pero el amor de las feas es como los cordiales amargos. Exige pequeña dosis y excluye la repetición.

—Celebro el dicho, aunque me parece más ingenioso que aceptable en quien declara, así mismo, que la porteña...

—...Es la más linda de las mujeres. Ah, cierto. De eso podemos estar seguros y orgullosos. Y no lo digo por esta sala demasiado internacional, sino por nuestras reuniones de clase, por nuestro Colón, por Palermo, por las calles, las calles, sobre todo, que para encanto de mi vejez se van volviendo todas Floridas...

Y sin recoger nuestra sonrisa ante aquel mal retruécano en que le despuntaba el vicio impenitente:

—Con todo—, prosiguió—, resulta curiosísimo este otro aspecto de la ciudad: el cosmopolita. Buenos Aires es, por decirlo así, una encrucijada del universo. Por aquí, malos o buenos, pasan todos los tipos interesantes del mundo, desde Lloyd George hasta Bolo Paschá.

—Todos, en efecto—, afirmó Lemos.

—Y si hubieran existido—, sonrió Julio D.—, el Judío Errante y Don Juan Tenorio...

—Mi madre contaba—, interrumpió Eguía—que en tiempo de Rosas pasó por acá el Judío Errante. En cuanto a Don Juan, puedo afirmar sobre la fe de mis canas.

—Convengo en que has realizado bastante bien la leyenda del judío andariego, y no ignoraba tu inclinación donjuanesca.

—Te equivocas, Julio; o mejor dicho, has acertado sin querer con tus alusiones. Seria-

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

mente hablando, yo he conocido a Don Juan.

En ese momento, el mozo nos anunció que el departamento prometido estaba libre y que el «maître» había mandado servirnos allá el café.

* *

—Lo conocí a Don Juan—, reiteraba Eguía poco después, de codos en la mesa, y animándose visiblemente con la soledad confidencial que habíamos conseguido.—Lo conocí cuando su penúltimo viaje a Buenos Aires, hace alrededor de treinta y cinco años, porque la última vez me encontraba ausente.

Sé, no obstante, lo que pasó, por la confianza de una amiga. A ella pertenecerá, pues, la parte más interesante del relato que me propongo confiarles en una intimidad de memoria póstuma. Ya que, cada vez, con mayor probabilidad, cualquiera de mis travesías puede ser la última.

Pero, antes de continuar, es menester que nos entendamos—, o desentendamos—, sobre algo, quizá lo único, en suma, que me han enseñado mis correrías por cuanto mar y tierra existen.

Y es que anda por el mundo, aun cuando parezca fantasía, una media docena de individuos inmortales, en carne y hueso, o si ustedes prefieren, varias veces centenarios, en los cuales encarnan los prototipos de la leyenda.

Soy lo bastante excéptico para no intentar la explicación de un fenómeno, tan enigmático, por lo demás, como la vida de esos microbios de la creta, que petrificados durante millones de años, despiertan o resucitan en la salmuera caliente.

Dichos personajes deben ser los que, de cuando en cuando, asombran al mundo por su conocimiento de todas las cosas o su dominio de todas las situaciones, como Leonardo de Vinci cuyo sepulcro nadie sabe dónde está.

Claro es que nos sobran objeciones contra ese postulado de Eguía, más exasperante aún en el desenfadado de su audacia, pero, sabiendo que proponer una duda equivalía a malograr el relato, preferimos escuchar en silencio al narrador, atrayente como nunca aquella noche.

—La conservación de una misma edad aparente, o con variación mínima,—continuó,—viene a ser el mejor incógnito de esos personajes entre las generaciones que pasan.

Y esto es lo que deseaba advertirles. Pero, aun cuando nada de ello crean ustedes, abrigo la pretensión de que mi historia les parecerá interesante.

—Nos parece ya, tiranuelo,—sonrió Julio D. Pero Eguía añadió con gravedad:

—Todo hombre, especialmente si ha viajado mucho, tiene numerosas anécdotas que contar; mas, no hay en su vida sino una historia digna de conocerse: historia trágica, absurda, vergonzosa o sublime, y por lo tanto reservada casi siempre en el silencio con que, casi todos también, se la llevan a la tumba.

Lo trágico, lo absurdo, lo vergonzoso o lo sublime de una existencia son generalmente

inexplicables, y sólo engendran la desconfianza y el ridículo.

Por lo demás, yo no comprendí sino mediante la revelación complementaria de aquella amiga que dije, la naturaleza del personaje a quien conocí durante su penúltima residencia entre nosotros. Mas, como ese estado de ánimo carece de importancia narrativa, al no ser yo el protagonista, sino él, haré de los dos relatos uno sólo en homenaje a la precisión y a la sobriedad.

Llegó, pues, don Juan a Buenos Aires bajo su verdadero nombre, hallando el mejor disimulo de su comprometedor entidad, en la tranquila audacia que es el eje de acero de su carácter, si bien bajo uno de los apellidos con que entronca en cincuenta familias principales su milenaria nobleza. Conocimoslo, así, como Don Juan de Aguilar, en el puñado de adictos que acompañaban a don Carlos de Borbón, quien, según es sabido, llegó acá por entonces, bajo modesto incógnito de príncipe despojado.

Era un hombre de edad indefinible, pero con cierto vigor elástico, que sin denotar juventud, no indicaba madurez.

Tampoco se le advertía carácter nacional, no sólo por su distinción, tan perfecta, que excluía todo rasgo acentuado, sino porque la perfección con que hablaba diversos idiomas, habíale quitado todo acento. Así, el agregado comercial de Austria, después de conversar con él, me decía:

—Tiene que ser austriaco o alemán. Hubo entre los carlistas de la guerra, aristócratas de mi país; y quizá sea uno de esos, que oculta bajo nombre español algún yerro de consecuencias.

El mismo contaba que durante el sitio de París, su francés «bulevardero» habíale valido un proceso como supuesto desertor del ejército comunista.

Su castellano corría perfectísimo, aunque sin afectación, y su palabra, de una elocuencia tan indefinible como su persona, vibraba con una especie de autoridad viril, que era luego imperiosa dulzura. Algo a la vez delicado, penetrante y profundo. Pero, cierta ocasión, haciendo armas en el Club Militar, donde maravillaba su destreza, había lanzado el grito de combate de la esgrima italiana con resonancia tal, que aun cuando en aquella época de comando a viva voz nuestros jefes tenían bien templada la garganta, todos sintieron, decíanme, casi como un dolor, su metálico estallido.

La elegancia de aquel hombre dominaba sin ofender, aun cuando era tiránica como la del león. Atraía él, más bien, con cierta inquietud de riesgo. Pero tenía la evasión de ojos del tigre: es decir, que sin esconderlos en realidad, no dejaba ver la mirada. Bastaba, sin embargo, el tangente desliz con que la eludía, para sentir pasar materialmente por las carnes su magnetismo terrible. En ese rasgo, levisimo por lo demás, así como en la tranquilidad marmórea con que asentaba la mano sobre la mesa o en el brazo del sillón, sentíase al hombre de presa, ya fuera ésta de sangre, de amor o de oro.

Todo en él era posesivo desde el entrecejo al pie; y una vez, una sola, que consintió mirarme, advertí que sus ojos, pardos en apariencia, dorábanse, realmente, al darles la luz, con un reflejo de topacio que el contraste de las pupilas tenebrosas embellecía hasta la fatalidad, como perforando en negro el fondo de su alma.

He dicho que «consintió» mirarme, porque nunca experimenté, sufrí más bien dicho, mayor impresión de arrogancia. Es de advertir que yo, atraído como todos, había procurado acercarme a él; pero esa mirada me reveló el abismo que nos separaba. Percibí en su altivez remotísima, un aislamiento infranqueable, la revelación superior de lo que significa verdaderamente «dominio».

Era el ídolo, animal por un lado en su inhumanidad de fiera, numen por otro en su egoísmo supremo: mezcla de instinto y divinidad, es decir, voluntad pura, como las fuerzas naturales que por esto consideró dioses la antigüedad, y con ello ajena enteramente al atributo humano de la compasión.

Sólo cuando en la atención de la música o del juego, inclinaba su cabeza morisca, donde una que otra cana al desgaire menospreciaba la evidencia del tiempo, advertíase algo de común con los demás, en cierta melancolía que no era, tal vez, sino el cansancio de las grandes pasiones, pero que imponía a su frente, con trágica palidez, una desolación de ángel malo.

Entonces, de sus pestañas abajadas con sombría hermosura, de su boca orgullosa, donde sangraba como en un tajo la avidez del deseo, de su tez morena, ligeramente acentuada por la barba de punta breve, emanaba una torva simpatía, casi material, una especie de obscuridad azul, semejante, diríamos, al pavón de un estoque. Sombrío encanto, que sin dejar de atraer, parecía exacerbarse, a poco, en el siniestro interés de una presencia de bandido.

—Al oírte—insinuó Lemos,—diría uno que no sólo las mujeres se prendaban de Don Juan.

—Todos lo estábamos—repuso Eguía—como los granaderos lo estaban de Napoleón. Era, en efecto, un tipo del género, aun cuando en otro orden de conquistas, y por esto he creído que valía la pena describirlo.

—Cosa que has hecho de mano maestra, dije yo, sabiendo que mi opinión de escritor complacería a nuestro amigo.

—El retrato del protagonista permite inferir el interés de la historia,—elogió Lemos, acentuando la agradecida sonrisa del narrador, quien ponía en el éxito de sus relatos la satisfacción sin vanidad del cumplido artista.

—La historia—continuó—es más digna de atención como poema que como aventura. Aunque se trata, naturalmente, de una aventura, y por cierto de una conquista.

Varias había hecho Don Juan, sin contar otras «fortunas» menos sentimentales, aunque explicatorias de su deslumbrante prodigalidad, así como el indispensable desafío

funesto con alguien que se permitió sonreír, oyendo una de sus sentencias:

«El noble puede seducir, despojar, matar, pero jamás huye, entrampa ni miente».

—Ah,—recordó entonces Julio D.,—sería ese aquel famoso «duelo de la sonrisa», que alguna vez te oí mencionar. Con un emigrado..., cubano, según creo...

—No, mejicano. Al notar su gesto irónico, Don Juan le dijo con helada cortesía: Quizá es más fácil sonreír, señor, que mantener esa sonrisa ante la punta de una espada.

El otro la mantuvo, pero recibió una estocada clásica, a dos dedos del corazón.

Dicho incidente relacionábase, por lo demás, con una de las varias conquistas que dije, y cuya víctima fué una criatura deliciosa, casi una niña, de la cual había sido pretendiente, al parecer, el mejicano de la estocada. Pero, déjenme llegar cuanto antes al relato que me interesa.

* * *

—Todos mis contemporáneos recuerdan el baile que dieron a mediados del 88 los esposos R. J., como uno de los acontecimientos sociales con que se clausuró aquella «época de las grandezas», menos por su boato y distinción, dignos de la pareja obsequiante, que por haber sido reina de la fiesta quien lo era ya de los salones porteños, hasta el despotismo y la adoración: precisamente, «una de esas beldades que hacen época», como se dice en viejo estilo, y que quién sabe por qué complicaciones de la cultura, del ambiente, de la fortuna gozada durante generaciones, de la alianza entre castas selectas, engendra de cuando en cuando la Gracia, para su exclusivo esplendor, como aquel tulipán que florecía una vez por siglo en los jardines del sultán de Constantinopla. Esa mujer cuyo nombre es inútil disimular, puesto que desde hace tantos años impuso a la maledicencia el imperio de su desdén, era una conocida de todos ustedes: Amalia Parish, semidiosa todavía.

Lemos y Julio aproximáronse a la mesa con interés.

—Mi tía Pastora—dijo el primero—no obstante su devoción, la admira como a una mujer de talento extraordinario.

—Y nada más bien hallado—completó el otro—que su denominación de semidiosa. Ayer, precisamente, la encontré, radiante de esa gallardía que parece ir alejándola en la soberbia de una invencible juventud.

—Efectivamente—resumió Eguía,—en los seres de esa clase, la edad no es decadencia, sino retirada. La hermosura perfecta lleva en sí algo de inmortal. Y Amalia Parish lo fué, hasta no faltarle ni el don de una inteligencia tan clara como la limpidez de sus ojos. Es, así, de las que conservan mejor aquella gentileza del lenguaje en que residía, tal vez, el encanto más delicado de la porteña, por lo bien que conciliaba la dignidad de la expresión con la espiritual vivacidad del concepto.

A los veinte años apenas, porque las muchachas figuraban entonces más temprano

en sociedad, impuso sin disputa el imperio de su belleza.

Imperio solitario como el de una estrella lejana, ya que ninguno de sus adoradores—, y quién no lo era—, había logrado sorprender el más mínimo temblor sentimental en el rayo de sus ojos celestes.

Linda hasta el éxtasis, griega de Atenas por la perfección y de Siracusa por la gracia, conforme habría dicho nuestro clásico Lemos, parecía que su juventud deslumbraba por transparencia, en una luminosa inmaterialidad de rocío. Belleza pura, total, más propia de que la tallara al diamante, en uno de sus sonetos de precisión, Lugones, que es poeta...

Ambos favorecidos nos inclinamos ante la fineza que Eguía, muy de la vieja escuela, es decir, intransigente en materia de retribución, apresurábase a devolvernos.

—...Belleza fría, por lo tanto. Así, al menos, opinábamos entonces. Unos atribuíanlo a su sangre británica; otros a orgullosa complacencia de sí misma...

Hasta aplicábanle un fácil retruécano de mi cosecha, con el que rindiendo homenaje a la novela nacional, habíale puesto yo la Amalia de mármol...

—Es decir—, comentó Julio D. riendo—, de la misma pasta que el Comendador.

—Sin duda, como la propia doña Inés. Por algo sería que su amante, mejor dicho el Amante eterno y fatal, la eligió entre todas para comunicarle el secreto de sus conquistas.

—¿O sea...?—interrogó vivamente Julio.

—O sea lo que van ustedes a saber esta noche.

Bienaventuranza

¡Los pobres de espíritu, bienaventurados!
De excesivos pesos marcharon cargados.

Su vida es oscura, su existencia amarga;
pero el Señor mismo cargará su carga.

Oh Señor, de toda bienaventuranza
esa de ser flaco sólo se me alcanza.

Con dulce mirada, con manos sedeñas,
pesaste mis fuerzas, viste mi alma mustia,
y me diste cargas, Señor, tan pequeñas,
pero que así y todo me dieron angustia.

Y a los fariseos:—Dejad que os diga
que es ante mis ojos tan grande una hormiga
—su valor tan puro, su afán tan profundo—
como un Dios o un Atlas que levanta un
[mundo.

¡Si otro las pesara! Pero yo las peso
y en ninguna carga puede hallarse exceso.

Porque también dije, a la cruz clavado:
¡Dios mío, Dios mío! ¿me has abandonado?

R. ARÉVALO MARTÍNEZ

Setiembre de 1923.

(El Imparcial, Guatemala).

Y después de un hábil silencio para aguzar la impresión:

—No te hagas muchas ilusiones. Generalmente, la revelación de los grandes secretos es poco aprovechable, por falta de preparación o de índole. Sólo a un gran químico que fuera al mismo tiempo un místico, le serviría la fórmula de la piedra filosofal.

Calló otra vez, como recapacitando. Luego, en voz más baja:

—¡Su amante!...—prosiguió. La noticia fué una bomba. Una semana después del gran baile, embargaba todos los comentarios el mismo estupor.

Pues aquí reanudo, que tiempo es ya, el hilo de mi relato.

Absorto, sin duda, por sus otras conquistas, don Juan de Aguilar no había reparado en Amalia: circunstancia que pudo parecer afligente para su buen gusto, pero que habría resultado explicable, también, por el carácter de la heroína: el demonio cohibido ante el serafín. Nada de esto ocurría en tanto, según se vió después; ya que mediante un recurso, viejo en suma como todas las argucias diabólicas, el conquistador premeditaba la captura de su presa angelical.

Don Juan aparentaba, pues, indiferencia ante Amalia, a pesar de conocerla y de estar muy relacionado en la casa de Julia W. de R., prima e íntima de aquélla. Verdad es que siendo Julia una de las pocas mujeres lindas que no hubiese cortejado el conquistador, dicha actitud podía significar su respeto al hogar amigo, donde el más noble amor conyugal tenía su dechado en la persona de la dueña de casa.

Amalia, en tanto, mujer al fin, y con esto sensible al misterio inquietante de aquella fama, llegó más de una vez, casi por instinto, a aproximársele, bajo la curiosidad hostil, pero temerosa, del pájaro ante la serpiente. Sorprendida de sí misma, el miedo que debió confesarse, transformósele en vago rencor, primero, en perfecta indiferencia después.

Don Juan permanecía igualmente impasible; y por más que hablara con ella algunas veces, nunca le había dirigido la palabra.

Pero esa noche del baile, la casualidad, acercándolos en un saloncito inmediato al ambigú, inició el drama.

Fué la chispa una frase trivial como en todas las horas decisivas de la existencia.

Solo y de pie ante una mesa central, Don Juan, que probablemente esperaba, al oír el sedoso rumor del andar femenino, volvió la cabeza con breve ademán de halcón, alzando hasta ella su mirada de sombrío topacio. Y dirigiéndole la palabra por primera vez:

—El blanco—dijo—sienta mejor que el azul a su género de belleza.

Debo advertir que en reuniones anteriores, había vestido ella de azul con cierta frecuencia, lo cual revelaba una atención minuciosa bajo el aspecto indiferente de Don Juan.

Pero, el repentino halago de esa comprobación, asumió en ella una intensidad tal, que paralizada de golpe, tuvo que apoyarse

a la mesa sin disimular, como fulminada por instantáneo deslumbramiento.

Literalmente prendida por los ojos a las pupilas de fascinadora profundidad, honda ternura le aflojó las rodillas. Y temblando como una hoja; rendida hasta la angustia en ese instante definitivo del amor, que es, al mismo tiempo, trance de vida y muerte, sólo pudo responder con una voz ajena a su propio oído:

—¿Y por qué no el azul?...

—Por una razón estética—contestó Don Juan, posando en la mesa, tan próxima a la suya que la hizo estremecer, su larga mano apasionada.

—... Una razón estética. El azul no figura entre los cuatro colores fundamentales que requiere la belleza femenina y que sólo rarísimas mujeres consiguen armonizar indistintamente con su hermosura.

Entonces ella coqueteó, reaccionando en la ingenua seguridad de saberse hermosa:

—¿Conoce usted alguna... aquí?

—Una sola—respondió él con voz opaca, abismándola más profundamente en el aura de la seducción, que la subyugaba al hechizo felino de su envolvente suavidad.

Y nunca ha vuelto de ese vértigo.

Enamorada hasta agotar las más celestiales delicias y las ansias más torturadas del infierno; digna del supremo amante que despreciaba el «firt» relegándolo entre los «vicios vergonzosos», ni pretendió evitar el desenlace de tragedia que imponía su despiadada posesión bajo la finura de terciopelo de la garra, ni eludir la mordedura de la afilante verdad, que desde luego aceptó con una especie de equidad despreciativa.

Abandonando a la condena y al despecho su despojo de mariposa, arrebatada en el delirio de la llama fatal, no hubo bajeza en su caída. La misma predestinación al martirio, que el amor de semejante hombre significaba, habríala redimido en su dolorosa generosidad, de no ser su dicha, tan indiferente, por perfecta, a toda consideración humana.

Insensible o amante, su destino era, pues, la soledad de la estrella que vive de consumirse en su propia luz; y cuando sobrevino el inevitable abandono, lejos de abatirse o desesperarse, pareció que se aislaba más excesa, en un remoto fulgor, como aquellas amadas por los dioses antiguos, que del contacto con el divino cisne o con la lluvia de oro, conservaban el resplandor de su propio deslumbramiento, llevando en la perpetuada ventura la olímpica gloria de su deshonra inmortal.

* *

—Treinta años después, como decían las antiguas novelas, una huracanada tarde en que las nubes de junio encapotaban de agua brumosa la ciudad, Julia y Amalia, cuyo retiro casi hostil era inaccesible a ninguna otra persona, tejían, en los hilos melancólicos de la lluvia, antiguos recuerdos.

Arrebujada entre densas cortinas, aquella habitación, silenciosa hasta la intimidad, parecía flotar, casi lóbrega, en un misterioso

esplendor de capilla búdica. Sombríos oros fatigábanse al fondo en una verdadera tiniebla, como arrodillada bajo el abatimiento de inmensa colgadura azul. La transparencia oscura del ámbito era, a su vez, vagamente dorada. Como un indeciso rescoldo de inaudita suntuosidad, la alfombra ahogaba los pasos en derruida blandura de polvo de oro. Torvos reflejos arrinconábanse acá y allá con áureo escorzo de jaguares. Sándalos y estoraques de exótica vaguedad exhalábanse en sutil bostezo de aromas.

Pretendía el comentario que ese recinto singular guardaba intactos los recuerdos del seductor; que la apagada quietud retenía en aquel silencio y aquel perfume su memoria siempre adorada; que su presencia persistía en tal cual conservada arruga de diván o de cojín...

Y así era, en efecto.

Aquellas sombras no cobijaban las tribulaciones de la expiación, sino la sacrílega magnificencia del antiguo pecado. Mas, esa tarde, por primera vez, Julia había sacudido su alarmada pureza para hablar de la falta cuyo permanente gozo presentía en la otra, sin querer confesárselo, dominada al fin por el ambiente y la desesperada grandeza de semejante fidelidad.

Recordaban, pues, al amante, sin nombrarlo, en una grande pero pacífica incapacidad de comprenderse, cuando Julia exclamó:

—¡Cómo has debido aborrecerlo!

Y por primera vez también, la voz de la otra velóse ligeramente al contestar, advirtiéndosele apenas en esa disminución la quebradura de un recóndito sollozo:

—¡Aborrecerlo! Sólo aborrece, Julia, el amor que muere. Ese que la gente común experimenta por estaciones; el que habitualmente la aproxima y la casa para aburrirla después. Oye, Julia, esto que es una honda verdad de amor: jamás ofende el ser querido.

—¿Y los celos, Amalia?

—Los celos no son rencores, sino amores desesperados. Y esos nunca se resignan: matan. Los de las mujeres que aman por deber conyugal, son meras formas de propiedad privada, exasperaciones de la avaricia o del orgullo.

El huracán prolongaba un lamento que parecía materializarse en lágrimas inmensas sobre los arrasados cristales. Como llovidos también, desde el fondo del alma apasionada, los recuerdos desbordaronle en palabras de altivez sombría, toda la amargura del llanto que no lloró:

—Si a él le debo la única vida que he vivido!

La otra, la inútil, la que ni sé cómo fué hasta que él me reveló el abismo de dicha donde caí, ésa, qué valía!

Yo era una muchacha hermosa, adulada, coqueta, cobarde como todas, y al fin con razón, ante el misterio que es, para la mujer irrevocable como la muerte...

El despertó en mí el ser de pasión, de dolor y de belleza que en mí misma se igno-

raba, y eso, Julia, perdónemelo tu candor, vale el hijo de las honestas.

Bruscas rachas rompían contra los muros, al pasar, como extraviados pájaros, chorreantes alas de bruma; y en la vibración del largo viento que las flechaba por detrás, oíase desolarse, presagiando las amenazas de la obscuridad, sus silbidos lúgubres.

—Perdida por él, fué como hallé en mi propia alma aquel «tesoro escondido» de los cuentos, que con tanta frecuencia extravía una para siempre, creyéndolo inaccesible o lejano.

Este, éste es el verdadero mal que casi todas padecemos: el de vivir ajenas a nosotras mismas, si merece el nombre de vida una existencia por reglamento, que hicieron otros, quién sabe cuándo, para embrutecer al pobre corazón, imponiéndole la ignorancia de sí mismo.

Pero ese amor que me maldicen educó el mío, aunque fuese en la falta y en el dolor, enseñándome la dignidad, que no será social, pero que es humana, de no pasar por la vida como un triste animal de recua con carga y con rumbo ajenos.

Bajo una repentina calma del temporal, la ciudad iba enterrándose en la niebla como en un inmenso hoyo de ceniza mojada. Por el inesperado silencio, parecía cruzar aún la reciente alarma de un rayo.

—Felices los que encuentran en la honorable unión que tú has logrado, el cielo abierto de la perfecta dicha; pero déjame decirte, sin el orgullo que para ti no puedo abrigar, que no les cambio mi infierno.

La fidelidad más ardua no es la que honra con el respeto de la sociedad y de la ley, sino la solitaria de la vergüenza, la acechada de la tentación, la que vive sangrando sin consuelo y sin esperanza, sin misericordia y sin Dios: la formidable fidelidad de la culpa.

Don Juan de Aguilar no me engañó. No me dió ninguna esperanza de reparación, no me juró constancia alguna. Por el contrario, al partir, me dijo: «Jamás hubo mujer por la cual volviera».

Pero yo había querido como quieren los pocos que el destino elige para revelarles el verdadero amor: hasta el pecado y hasta la muerte.

¡Aborrecerlo! Y cómo, si todo cuanto soy de sentimiento y de conciencia, aquel ser de pasión, de dolor y de belleza que él despertó en mis entrañas, es lo suyo que sigue viviendo en mí.

Pero Julia, en su inconsciencia feliz, no comprendía.

Más aterrada que sensible ante esa tempestad aullada por el doble huracán cuyo ímpetu sacudía de nuevo la noche que empezaba a caer, cargada de ese dolor como un árbol fúnebre, recobró el ánimo, estrechándose a la ventana untada todavía por lívida vislumbre. Y con curiosidad pueril, inquirió al cabo de un instante:

—¿Pero qué te dijo, Amalia, cómo te dijo que te quería para hacerse querer así?

La trágica solitaria encogióse de hombros, con una sonrisa tan descolorida como la vislumbre de la tarde.

—Vas a sufrir una decepción. No me dijo nada raro ni sublime. Y si tuve la impresión de que realmente me quería, fué porque no supo sino balbucear temblando, como cuando se le viene a un adolescente el corazón a la boca: ¡Cuánto la quiero!... ¡Amalia, mi amor!...

* *

Y en ese momento, tras una leve palpitación del cortinaje, entró don Juan.

Avanzó, urbano como siempre, reprimiendo hasta la impresión del enorme suceso, con esa seguridad que ahuyenta al miedo por no haberlo sentido nunca.

Lejos, en una distancia de borrasca y de ausencia, abismada como la eternidad, des-

garraba el huracán un remoto alarido de horda.

Y Don Juan, sentándose como treinta años antes en aquel diván que nadie después de él había ocupado, dijo con su voz habitual, impregnada de piadoso hastío;

—Así fué en verdad. No te engañó, dulce amiga, la voz de mi amor. Pues según puso en mis labios la única comedia que entre tantas necedades como han escrito de mí, haya sabido interpretarme, y que, por lo mismo también, permanece inédita:

Es que nunca en amoré
sin estar enamorado.

LEOPOLDO LUGONES.

(La Nación, Buenos Aires).

2) Al margen de los "Fantaseos" de Andrés Avelino

(Véase el número anterior).

Pasemos ahora a señalar los poemas que nos han sugerido el segundo grado de elevación, digamos mejor, la segunda estancia. Creo que teniendo a mano el librito de poemas, señalaremos instintivamente la «Fantasía Negra», la...; pero antes de enunciarlos, adelantemos la «Fantasía Pálida»:

Dos pálidas manos
brindáronme
dos rosas muy pálidas;
como su rostro,
como su cabellera,
como su alma,
como su vida:
pálidas.
Las contemplé un momento.
Tuve miedo de verlas marchitar:
yo no era tan pálido
para poder llevarlas!

En este poema todo es pálido: las manos, las rosas, la cabellera, el alma, la vida; pero hay algo menos pálido, que es el poeta; éste, en vez de describirnos directamente el tono del pálido personal, nos lo presenta sobre el fondo pálido de las manos, las rosas, etcétera; la negación «no era tan pálido» nos demarca el límite, la magnitud del tono subjetivo; hay, —debemos señalarlo— el hecho de la vida de que dos manos muy pálidas brindáranle dos rosas...

Esto que convinimos en llamar «matiz del alma», y que nos lo revelan tantos hechos de nuestra vida, o hechos que se suceden en torno nuestro, sin que quizá lo hayamos advertido, lo encuentra nuestro poeta, como tono negro en lo más hondo de su alma, en la casi ingenuidad de su sinceridad, con el recuerdo del tintero oscuro, de oscura tinta, que le acompañó en su infancia; veamos cómo: la tinta de aquel tintero manchó muchas

cuartillas en la nerviosidad de los primeros, pueriles vuelos de la fantasía, en los tiempos de cristalinos ensueños; ese recuerdo nebuloso de aquellos tiempos gloriosos del alma; un día encontramos aquel tintero, y vienen a la imaginación todos los recuerdos de la vida; y, al intentar sacar de él lo que antaño, obtener, en vez de los ensueños, el cadáver, el cadáver de una negra mosca. Asimismo, el poeta encuentra en hechos de la vida, en un hecho concreto, el matiz histérico, el matiz blanco. Detengámonos en esta «Fantasía Blanca»; el poeta desea, como Darío, ser cartujo, «tan sólo por un día»; veamos algunas coloraciones del blanco:

Y en esas pocas horas de estar glorificado por cada monja pálida sentirme venerado; y en la noche callada, a la luz de los cirios, oír sus penas hondas y acallar sus martirios, y hacer de su pasado, en verso, un relicario, colgarlo de mi pecho cual mágico rosario, y orar, orar por ellas...

Y más adelante:

Yo prefiero el amor de unos ojos azules,
entre sedas de sueño, de gasas y de tules;
un amor evangélico, triste, místico y mudo,
a la impura vendimia de las caricias, rudo,
amor que sólo tenga, por caricia, esperanza,
y la tierna promesa del ensueño que alcanza
la mente a soñar;
un amor que no sepa de esos otros amores,
un amor que no tenga ni sonrisas ni flores,
nada más que un altar...

Amor espiritual, puro y sublimizado
con las vagas miradas de un rostro
[enclaustrado.

Hemos señalado las partes en que especialmente el poeta nos da más la impresión de su blancura. El matiz rojo, igualmente: rojo por la sangre,

rojo quizá por la pasión de un idilio, rojo por el enigma que encierra... Deseáramos detenernos en esta «Fantasía Neurótica», sencillamente admirable, y que quisiéramos, sin poderlo hacer por la índole de estas citas transcribir íntegra:

Cuando llegué a la cita
la luna visitaba el jardín de la marquesa,
y era tanto el esplendor de ésta
y era tanto el esplendor de aquélla,
que dudé por un momento
si la luna era la marquesa,
si la marquesa era la luna.

No olvidemos, al leerlos, el nombre del poema, que nos da su clave, neurótosis:

risas de plata
tejieron los rayos de la luna sobre la fuente
que murmuraba una rítmica canción celeste,
y otra vez dudé por un momento
si la luna era la marquesa,
si la marquesa era la luna.

Lágrimas de luz
vertió la luna sobre las enredaderas,
lágrimas de perlas
vertió la marquesa sobre las rosas muertas,
y entonces se acentuó más mi duda
si la luna era la marquesa,
si la marquesa era la luna.

El que se llame neurótica no nos da un matiz, pictóricamente hablando; mas nos da el estado de ánimo del poeta, fuera de los siete colores. Asimismo encontramos otro poemita: «Carey»; no se refiere especialmente al color del carey; Carey es el nombre del borriquito que nació el mismo día que el poeta, que compartió sus alimentos, que luego quedó huérfano...

Todavía,
Carey permanece en el patio de mi casa,
pero yo,
¿dónde estoy?

El hecho de la vida personal—la presencia del borrico—evoca al poeta no solamente el origen de determinada conformación mental suya, ni sólo el motivo de su sensibilidad para las ideas correlativas, como en los versos anteriores, sino también la conciencia de su evolución, lo cual, también, es un matiz que caracteriza a las almas. Véase otro aspecto de esta conciencia de la evolución personal en el poemita que se llama «Levantar», hondamente significativo y tan sencillo como una parábola:

Mi sueño lucha con la blandura de mi
[camastro,
de ropa sucia y de papeles viejos;
me esperan para ordeñar la chiva;
con la salutación de un vaso de leche
me voy a dar la clase de todas las mañanas;
ya el chicuelo me aguarda con su Mantilla
[Nº 2.
Y al punto la empiezo (con el café negro
y el pan tostado de la viejecita);
y, casi al terminar,

un castigo por un borrón,
y un cielo azul en pugna con mi estado
[psicológico.]

¿Revelan los versos que hemos señalado en esta estancia, un dominio pleno de la naturaleza personal? No; revelan un conocimiento de la naturaleza personal; una conciencia de lo que se tiene en sí mismo; cuando menos, significarían un intento, si no una preocupación constante, de conocerse, o, menos si se quiere, una curiosidad que lleva a prestar atención a ciertos hechos, que han sido hasta hoy indiferentes, y que son en verdad revelaciones.

Seguiremos adelante; entramos a la tercera estancia. Recordemos: los hechos que nos emocionan fuertemente, expresados sin emoción; esto es, expresión de los hechos emocionantes sin expresar la emoción personal; el poeta no nos describe su emoción, sino los hechos, los hechos que, presentados con precisión, tienen la facultad irresistible de causarla; hay como una serenidad de ánimo en el poeta.

Deberemos contemplarlo: primero, cuando se originan en motivos *externos*, propiamente externos de emoción, excluyendo nuestro cuerpo; y luego, cuando se originan en los hechos *internos*, que atañen exclusivamente al poeta y a su vida y a su desarrollo, etc., bástenos señalar que ambos aspectos son bastante distintos e interesantes; el uno contempla la naturaleza que nos rodea y que emociona a todos, el otro contempla la naturaleza que especialmente nos emociona a nosotros, o emociona especialmente al poeta, por determinados motivos; en el primero se mira hacia afuera y para un instante, mientras en el otro se mira hacia adentro y para muchísimo tiempo, nada menos que para toda la vida.

Como ejemplo de lo primero cabe citar la «Fantasía Tropical»; el paisaje del trópico está descrito, sin referirse al sol naciente ni a nada por el estilo, a una hora que indiscutiblemente es la mañana; el poeta nos habla de las vacas, de las gallinas, de los toros, de ese golpe de hacha en los campos, de todas las atracciones del trópico; pero nótese al leerlo, que el poeta nos lo desarrolla serenamente, tranquilamente, describe con «precisión», sin desviarse en consideraciones, calificaciones de colores o apreciaciones de la belleza, la energía, el ardor del sol, etcétera, los hechos que dan estas sensaciones.

Hay un poemita, «Lúbrica», que debe colocarse al principio de esta estancia; me ha hecho vacilar si corresponde a la estancia anterior, por ser un matiz subjetivo profundo, o en la

primera, por expresar algo de difícil expresión, antes de convencerme de que, por la fuerte emoción que el hecho produce, y estar descrito en la desnudez más absoluta, sin que el poeta lo afecte con apreciaciones relativas a su impresión personal, corresponde a esta estancia.

Si, apartarnos de esta serie de acontecimientos *externos*, el poema que dedica al caudillo sacrificado, nos dará claro ejemplo de lo que significa un hecho descrito, desnudamente; nótese que se nos da lo que diríamos la relación pura de los hechos:

CAYO BÁEZ

La hueste devastadora se aproxima;
cae sobre la paz impoluta de la aldea
el bochorno de la barbarie.
El suelo se sonroja con el esputo
de una lengua extraña.
El sol esquiva su faz tras de la loma.
El paisaje enmudece.
Las madres lloran.
Los chicuelos huyen medrosos.
El bosque
abre su seno a la castidad de las vírgenes;
los soldados las persiguen: La luz
niega su voto a la ignominia.
En el centro de un círculo de bayonetas
un hombre atado y una hoguera: El Hierro
candente provoca el chisporroteo
de la carne humana.
El mártir sonríe y calla: Ni siquiera
la protesta de un nervio en contracción!

Este motivo, daría margen a un poeta para escribir, con las mil impresiones y las mil oportunidades que se ofrecen, una oda al heroico Báez, si no la epopeya. Vemos que el poeta nos lo describe ciñéndose a los hechos reales, que indefectiblemente causarían en nosotros la emoción que a él, y a todo el pueblo, causaron esos hechos; descubrimos en el poema la indignación del pueblo, el estado de espasmo de una victoria del enemigo, toda la tragedia que la libertad de Santo Domingo significó para los dominicanos, la trascendencia histórica del martirio de Báez.

Esta forma de escribir denuncia una manera de ser. La honda paz del espíritu, que nos permite la contemplación, la conciencia de las grandes cosas, por encima de nuestra materia sensitiva y cambiante, adquiere en este poema, «Egotista»,

A paso largo asciendo la colina
con detrimento de mis zapatos
pero no de mi espíritu;
delante,
aire, campo, sol;
detrás,
zarpazos de fango manchando la seda de mi
deténgome: [traje;
abajo,
la ciudad es una mandrágora;
allá, lejos...
el mar es el mar;
y aquí
yo, soy yo.

el carácter de intimidad, de personalismo del poeta, que nos lleva a dis-

tinguir los motivos internos de emoción; la revelación del paisaje, la hora, —motivos externos— y la conciencia de la paz del alma; ¿o el fin primordial del poema es la descripción de los motivos externos, el paisaje y la hora? No; éstos son medios, los recursos, o, mejor digamos, los que dan la oportunidad; el fin del poema es la descripción de la paz del alma, la conciencia de esa gran tranquilidad; véase si no el nombre, «Egotista»; ante ese acontecimiento, el estado psicológico sería el de un desbordamiento de amor, de un optimismo infinito, de un derroche de canciones ingenuas a la felicidad que nos embriaga; el poeta, por encima de estos impulsos superiores, se muestra tranquilo, sencillamente mira hacia el paisaje, hacia la beatitud de la hora, y nos dice estas expresivas palabras, revelándonos la conciencia que de sí mismo tiene: *allá, el mar es el mar; aquí, yo soy yo.*

Observemos otro hecho interno, exclusivamente interno, aún cuando se inicia en hechos externos; observemos este poemita de dolor profundo:

Cada vez que me rompen mi velo azul
siento un gran dolor,
y no es el dolor de que me lo hayan roto
sino la pena infinita
de que me lo seguirán rompiendo siempre.

(Esto, el ay! de una herida, la amargura eterna del alma sincera, en sus más claros momentos de convicción y bonanza, la piedra que nos alcanza en el vuelo...) Basta leer estos cortos versos para que nos quede la impresión de un dolor imponderable, de un dolor moral, que abarca todo, todo lo que nos rodea, todo lo pasado, todo lo porvenir; es como una queja contra la humanidad; el poeta encuentra que no ha sentido realmente lo que se llama dolor, sino algo más, que ha elevado una protesta infinita, honda, algo como un grito conmovedor; el poemita así se llama, «Grito».

Notemos la diferencia entre este poemita de supremo dolor, y este otro que se refiere a un dolor más asequible, y que sí se llama «Dolor»:

Siento un dolor
que no es el ansia de su sonrisa.
Siento un dolor
que no es la daga de su desprecio.
Siento un dolor
que no es la duda de mi esperanza.
Siento un dolor
que no es la mofa de mi caída.
Siento un dolor,
un gran dolor... un profundo dolor,
el profundo dolor de haberla visto!

Notemos, al pasar, cómo el poemita nos revela una manera de ser. Mas notemos que este poema es de dolor: el poeta, y muchos, lo sentirán en sí mismos, sin consecuencias externas y sin trascendencia alguna; es algo que se anida en el corazón del poeta. En

cambio, el poemita anterior se refiere a algo que está por encima de nosotros, más allá de nuestras pasiones limitadas a nuestra vida o a una época de nuestra vida, como una queja del espíritu, del espíritu de todos los hombres, digo, de ciertos hombres, de todos los siglos, dirigida a alguien que indudablemente es Dios; tiene consecuencias externas que afectan a toda la humanidad, a unos como reproche, a otros como revelación, con una trascendencia indiscutible para la responsabilidad de los que «rompen el velo azul».

Leamos, deteniéndonos en él un momento, el poema que concibe el poeta ante la «Serenidad», hecho interno que lo emociona:

Hasta mi blanca piedra amiga
sin decirme por qué
me ha abandonado;
siento un sopor de sueño,
de paz y de infinito;
acércate, muerte,
ven, dame el beso...
el más suave... el más lento...

Quien lo leyera sin tomar en cuenta el nombre, «Serenidad», creería, con algo de razón dentro de su error, que el motivo, la muerte, es bastante vulgar, aunque, quizá, desarrollado en forma original; tal suposición no tiene fundamento, como hemos visto, toda vez que el motivo del poema no es la muerte, sino la serenidad; no es pensando en la muerte que el poeta recuerda la serenidad, sino en la contemplación, en la sensación de la serenidad que viene a su pensamiento la muerte. ¿En qué forma? empieza por ignorar hasta el por qué una cosa hondamente vinculada con su vida lo abandona; no ve más que un sopor de sueño, de paz y de infinito, y la muerte. ¿Y el origen, la causa sustancial, reveladora, que lleva a esta concepción? Yo supongo que el poeta lo concibe en el momento en que se da cuenta de que su «blanca piedra amiga» lo abandona; no pregunta por qué, sino que se deja llevar por el momento hacia el interior de su alma, desprendiéndose así de todos los intereses materiales de su vida; lo que indefectiblemente debía llevar al poeta hasta la visión de la muerte, fué aquel hecho externo, de la naturaleza que le rodea, cuando nota que su «Blanca piedra amiga» lo ha abandonado; «Eloí, Eloí; Lamma Sabactani?»

RAFAEL ESTRADA

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 8 a 11½ a. m.

Correspondencia

Respuesta breve de Blanco Fombona
al cuestionario del «Repertorio Americano»

Chateau de Catillon. Oise,
15 de setiembre de 1923

Querido amigo Vincenzi:

Por exceso de ocupaciones no había podido responder antes a su encuesta. Ahora lo hago. Esta respuesta se reduce a suscribir íntegramente la que le ha enviado a usted el pensador mexicano José Vasconcelos. Yo no haría sino repetir mal lo que se ha dicho bien. Léase y reléase y medítese y póngase por obra lo que dice el documento de Vasconcelos (1): he ahí un camino anchísimo, donde todos cabemos de frente o a la redonda y bien estrechadas, como en el escudo argentino, las treinta y ocho manos de las diez y nueve Repúblicas.

Su amigo,

R. BLANCO FOMBONA

Revista de Derecho, Historia y Letras

25 de Mayo 267
Buenos Aires, IX-12-1923

Sr. don Joaquín García Monge

Biblioteca Nacional

San José—Costa Rica

Estimado amigo:

Incluyo a Ud. una copia de una carta del señor don Ovidio Decoud, que ha quedado encargado de la revista de «Derecho, Historia y Letras», que publica en ésta el Doctor Estanislao S. Zeballos, durante la ausencia de éste.

Por ella verá cuáles son los deseos que animan a los dirigentes de esa publicación. Ud. que tan hermosa labor viene haciendo en ese mismo sentido, me ha parecido la persona más apropiada para dar a conocer los propósitos del señor Decoud, que son los mismos que animan al ilustre internacionalista argentino director de la Revista de referencia.

Aprovecho esta oportunidad para decirle que he visto con placer la manera cómo los intelectuales hablan de Ud. y elogian su labor cultural y eminentemente americanista. Entre otros, los que con más encomio lo juzgan, están, nada menos, que Lugones, Ingenieros y Ricardo Rojas. Lo felicito por ello muy cordialmente.

Con un saludo afectuoso para el viejo amigo, soy de Ud. atento y sincero servidor,

MÁXIMO SOTO HALL

(1) Publicado en el Núm. 4 del tomo 6 del «Repertorio Americano».

Buenos Aires, 3 de setiembre de 1923

Sr. Dr. Máximo Soto Hall

Cerrito 416

Capital

De mi respetuosa consideración:

Una delicada muestra más de su reconocida gentileza me da usted, prometiéndome su próxima colaboración y enviándome las bellas poesías que serán publicadas en el número del corriente mes, y por cuyo envío le doy las más expresivas gracias.

Celebro y aprecio, muy de veras, su valiosa coadyuvación para la propagación cultural entre los países de la América hispánica, labor hacia la que están orientados los anhelos del Director de esta Revista, Dr. Estanislao S. Zeballos, en nombre de quien le agradezco su buena disposición.

Por otra parte, era de esperarse su contribución, pues son los mismos nobles ideales con cuya bella práctica Ud. trata de beneficiar especialmente a aquellos países tan aislados, fomentando sus relaciones culturales, o más bien, conviviendo en fraternidad intelectual.

Como Ud. comprenderá, para que los fines de la laudable tentativa resulten eficaces, sería conveniente interesar a los hombres de letras centroamericanos y en tal sentido, la Dirección de esta Revista, por su digno medio se complace en ofrecerles sus páginas.

Aunque Ud. les conocerá mejor, me consta que entre otros hay en Guatemala escritores como Recinos, Rodríguez Beteta, Wyld Ospina, Arévalo Martínez, Rodríguez Cerna, Arzú.

En Honduras, Froilán Tur-

Dr. Alejandro Montero S

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

cios, Rafael Heliodoro Valle. En El Salvador, José Lino Molina. En Costa Rica, García Monge, Alvarado Quirós, Rogelio Bonilla⁽¹⁾, que son inteligentes y activos propagandistas de la unión latino-americana.

Al significarle mi mejor disposición para recibir sus gratas órdenes, me es sumamente agradable repetirme de Ud. como su muy att^o y S. S.

(f) OVIDIO DECOUD

De nuestro poeta Cardona

Guatemala, 4 de Oct. de 1923

Señor don Joaquín García Monge,

San José, Costa Rica, C. A.

Muy querido don Joaquín:

Ahí le mando ese artículo⁽²⁾ que me fué pedido para la prensa de México, y con el cual he querido iniciar una serie de estudios relativos a las consecuencias de la Idea Revolucionaria Mexicana en Hispano-América; todos juntos formarán un folleto que editaré en México por indicación de la Sociedad de Publicaciones Modernas que acaba de fundarse allá,

Vea si le gusta, pues aunque someramente tratado el asunto, creo que determina los primeros puntos del programa: revisión de valores intelectuales y morales.

Con Salomón de la Selva estuve en México y me dijo le enviara un abrazo fraternal; con Vasconcelos tuve oportunidad de hablar de Ud. y mucho le quiere y estima; lo mismo digo de Genaro Estrada, de Pani y de Aarón Sáenz, que le conocen bien por su meritísima labor.

Recibí cinco números del REPERTORIO que le agradezco infinito, pues me son de mucha utilidad. Cuídese mucho y mande a su amigo leal,

RAFAEL CARDONA

En enero saldrá mi libro «Intuicionismo Estético»; antes no podrá ser por ocupaciones de las imprentas oficiales de México. De su publicación tiene la culpa Ricardo Arenales y la bondad de Vasconcelos. Vale.

(1) Al señor Rogelio Sotela habrá querido referirse el Sr. Decoud.

(2) Véase en la p. 97 de esta entrega.

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Página lírica

de Enrique González Martínez

LAS TRES COSAS DEL ROMERO

Sólo tres cosas tenía
para su viaje el Romero:
los ojos abiertos a la lejanía,
atento el oído y el paso ligero.

Cuando la noche ponía
sus sombras en el sendero,
él miraba cosas que nadie veía
y en su lejanía
brotaba un lucero.

De la soledad que huía
bajo el silencio agorero,
¡qué canción tan honda la canción que oía
y que repetía
temblando el viajero!

En la noche y en el día,
por el llano y el otero,
aquel caminante no se detenía,
al aire la frente, y el ánimo entero
como el primer día...

Porque tres cosas tenía
para su viaje el Romero:
los ojos abiertos a la lejanía,
atento el oído y el paso ligero.

ALGUIEN SE HA IDO

Alguien o algo se ha ido...
¿Por qué—, si no—, perdura en mi conciencia
esta inscandable vaguedad de ausencia
y este pavor de olvido?...
Yo tengo para mí que alguien se ha ido.

¿Tal vez aquella noche ya lejana
de mi primer dolor, cuando una arruga
dejó en mi frente su señal temprana,
en invisible y misteriosa fuga
huyó, lo que perdí, por la ventana?...

Nunca podré saber cuándo ni dónde
se fué, ni qué se fué del lado mío;
yo sólo sé que a la canción que envío,
alguien responde...

Desorientado sér, acaso en una
noche imprevista volverá a su centro...
Y el ansia de esperar que llevo dentro,
atisba en los presagios de la luna
el fantástico signo del encuentro.

LAMPARAS

De siete lámparas de gozo
que han velado sobre mi vida,
al correr de mi tiempo mozo
una sola estaba encendida.
De mi juvenil ardimiento
a mi madurez advertida,
encendiólas a golpe lento
una mano desconocida...

De siete lámparas de duelo
que hoy alumbran sobre mi vida,
en mis años de pequenuelo
sólo una estaba encendida.
De mi abril rebosante y loco
al otoño que me intimida,
fué encendiéndolas poco a poco
una mano desconocida...

Hoy presiden desde mi cielo
cada risa y cada sollozo
las siete lámparas de duelo,
las siete lámparas de gozo...

Mano incógnita, la que llamas
a la hora de la partida
y has de extinguir las puras flamas
que velaron sobre mi vida:
no me arrebatas el consuelo
de una alegría y de un sollozo
cuando emprenda el último vuelo...
¡Deja una lámpara de gozo!
¡Deja una lámpara de duelo!...

LA EXTRANJERA

Por la gris carretera,
con los ojos en alto, con la planta ligera
y rumiando en silencio los asombros del viaje,
el romero una tarde conoció a la extranjera
en la calma infinita del agreste paisaje.

Nunca supo de dónde
a su lado venía...
Cuando alguien le interroga, todavía
el romero sonríe y no responde...
Y hace ya muchos años de aquel día.
El romero no sabe por qué desde el momento
de aquella milagrosa aparición lejana,
es amigo del viento
y sostiene coloquios con el lento
vespertino tañer de la campana.

Por la gris carretera,
pasan los dos y la ideal viajera
posa la mano leve en fraternal unción.
El ha sentido que en su vida entera
florece una solemne enunciación...
Fué desde aquella tarde de aquel día
cuando el agua lustral de una santa alegría
llueve piadosamente sobre su corazón...
Tarde azul en que el viento sonreía
y la esquila cantaba su canción!

LA LEY

Yo digo: «esta es mi ley y este es mi
[rumbo];

y pienso que voy recto a mi destino.
Pero cada incidente del camino
hace torcer mis pasos, y sucumbo
a cada tumbo
y a cada trino...

Ayer no más, mientras el alma entera,
ya desprendida de las cosas, era

una contemplación solemne y santa,
un himno puro y una viva hoguera,
llegó aquel beso, y la cobarde planta
quedó inmóvil, clavada y prisionera...
Ha transcurrido el día y no adelanta
la carrera...

El tiempo huye y pasará la hora;
mas el alma incansable se desvía
a cada flor, a cada melodía,
y anda y desanda su camino... Ahora
aguarda un nuevo día...

Y como la avidez va agujoneada,
como la tentación cambia de nombre,
ya ni la vida ni la muerte, nada
trocaré por mi orgullo de ser hombre.
Esta es mi ley...

Que siga la jornada...

HEBRAS SUTILES

La iglesia de portón claveteado
y que sostiene un par de mascarones
de cuyo rictus inmovilizado
penden aldabones
que nadie ha tocado,

y la mañana en lluvia, me recuerdan
otra mañana así, de tiempo de aguas
y de primera comunión,
cuando un coche de punto y un paraguas,
con su burguesa y paternal negrura,
resguardaron el ansia prematura
del desasosegado corazón,
(y la vela de cera escarchada,
atada
con el clásico listón).

¡Cuánta cosa perdida
a través de los años!... Cada hazaña
de juventud, se me quedó prendida
como polvosa telaraña
en las vidrieras de la vida.

¡Qué relación extraña
entre la lluvia matinal de hoy día
y la de aquellos prófugos instantes!...

¿Fantasía?...

¿Tercera repetición de un loco tema?...

«Atan hebras sutiles a las cosas distantes»,
(ya lo había dicho antes
en las divagaciones de un poema).

(Del tomo *El Romero Alucinado*,
Buenos Aires, 1923).

Los límites del arte dramático

El teatro le vuelve la espalda a la literatura

E. BÖNNELYCKE

LA queja es general. Decae la comedia,
decae el drama en España, en Francia,
en Inglaterra. En Dinamarca «La pobreza
del teatro moderno es sensible y absoluta».
Son palabras de Emil Bönnelycke, poeta sutil,
crítico valiente, removedor incansable
de ideas y cultor impertérrito de las bellas
formas. Acaso entre los ingleses da todavía
el drama, en convulsiones espasmódicas, se-
ñales de gran vitalidad; pero allí mismo
buscan los amantes del espectáculo, miran-
do a los cuatro puntos del horizonte, el
nombre o los nombres que hayan de reem-
plazar a Galsworthy, a Bernard Shaw, a
Bennett en los diferentes géneros cultivados
por estos dramaturgos. No aparecen toda-
vía. El síntoma peor de esta decadencia
venga, tal vez, a ser el hecho de que éxitos
notables y merecidos de algunas comedias
no sacan a sus autores de la oscuridad; por-
que el éxito, si lo buscan, no vuelve a repe-
tirse, o porque, en muchos casos, sea por
culpa de ellos mismos o de los empresarios,
esos ídolos de una primera tentativa afor-
tunada no vuelven a asomarse a la escena.
Los críticos de toda época suelen afirmar
que el presente es un período estéril o de
decadencia, el pasado uno de gran vigor y
fecundidad y el futuro la única salvación
del arte. En el caso del teatro y de los años
que corren no hay duda alguna de que asis-
timos a una depresión muy honda de las
curvas indicadoras de su curso. He nom-
brado tres países cuya escena y cuya litera-
tura dramática he tenido ocasión de obser-
var directamente durante un período largo

de tiempo. Lo mismo dice la crítica acerca
de la producción escénica en Italia, en Ale-
mania, en Portugal, en Dinamarca. Se afir-
ma que hay en Rusia un estupendo y con-
solador renacimiento. A juzgar por las
muestras que han llegado a Occidente del
teatro moderno ruso, no se trata de un re-
nacimiento de la escena, sino de una trans-
formación profunda y esencial. Esta com-
paración entre el teatro ruso y los estertores
de la dramaturgia en Occidente acaso
nos dé la clave de la penuria escénica, moti-
vo de las quejas con que resuena el aire por
todas partes.

Un crítico alemán, cuya actividad se ejer-
cía sobre las obras teatrales en las revistas
hebdomadarias (he olvidado su nombre),
clasificaba alguna vez las artes señalando
su importancia de acuerdo con la inmateriali-
dad o solidez del elemento explotado por
cada una de ellas. Colocaba en primer tér-
mino la música por ser el sonido algo exhá-

lado e incorpóreo, el más sutil de los
elementos de que hace uso el arte de los
hombres. Venía enseguida, dominando a las
otras formas de expresión de belleza, la
poesía lírica. Son su elemento las efímeras
palabras, las frases impalpables, los tropos
evanescentes. La pintura con los colores,
menos inmaterial que el sonido y la pala-
bra, venía en pos de la lírica, precediendo a
la escultura y al arte arquitectónico, posee-
dores de materia más sólida para sus repre-
sentaciones. Ocupaban el último lugar el
teatro y la danza, cuyo material es tan sólido,
tan poco inmaterial, que necesita reparar
constantemente las pérdidas resultantes del
ejercicio de sus facultades con una cuida-
dosa nutrición. En efecto, el elemento de
arte en el drama y la comedia es el hombre.
De hombres ha de hacer uso el dramaturgo
a la manera que el lírico hace uso de pala-
bras. El teatro puro, el teatro ideal, es el
del mimo, sin más elementos que la acción
y el gesto. La naturaleza, dotando al hom-
bre de las manos, del músculo de la risa, de
la infinita variedad de movimientos que
pueden ejecutar los ojos, los labios, la piel
que cubre la frente y los carrillos, puso a su
alcance medios de expresión ante los cuales
palidece la palabra. Si el hombre inventó la
palabra, de lo cual le creo muy capaz, por-
que en su afán de evitarse trabajo ha lle-
vado a cabo peores trastornos; si el hombre
inventó la palabra, alteró sin duda el orden
general de la evolución, que, según Spencer,
va de lo más sencillo a lo más complejo.
La invención de la palabra, en vez de ser
una complicación, fué un resultado de la
pereza mental que tiende a simplificarlo
todo. El hombre tenía a su alcance medios
de expresión riquísimos y complicados que
le ofrecían las manos, el rostro, toda la lira
de los músculos desde la coronilla hasta la
planta del pie. Todavía, con la riqueza de
matices e insinuaciones que hoy poseen las
lenguas, no es posible decir en pocas, a ve-
ces ni en muchas palabras, todo lo que
expresa la tensión de una mano airada, la
contracción de los labios sobre la comisura
izquierda en un momento de desesperación.
Pero un día el hombre descubrió que produ-
ciendo ruidos con las cuerdas vocales podía
servirse de ellos como símbolos para repre-
sentar el movimiento de las manos y las
contracciones de los músculos. Había inven-
tado el idioma, que, comparado con la len-
gua de los gestos, es algo así como el alfa-
beto de Morse comparado con los exámetros

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO
INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE
COSTA RICA

de Homero. ¿Qué palabras alcanzan a explicar un gesto silencioso de Eleonorá Duse?

El hombre, en cierta etapa de la civilización, quiso conservar con el mimo las prerrogativas del lenguaje muscular. De ello quedan vestigios: «Bis saltavit et placuit». Pero el arte dramático, olvidándose un tanto de sus orígenes, echó mano de las palabras, con lo cual, las actitudes y los gestos vinieron a quedar en un plano de segunda orden. Cada día es más temerario y absorbente el predominio de la palabra sobre la acción. Bastardeando su origen y abandonando la senda que conduce a su destino manifiesto, el drama ha venido a ser un arte literario contra todo precedente y toda razón. El teatro, no es literatura, y cuando llega a serlo y cuanto más lo sea, más se aparta de sus principios. En este momento de la vida triste y cataléptica del teatro, puede verse sin dificultad que ha llegado a esta íntima decadencia por haberse hecho demasiado literario.

Conviene adelantarse a una probable objeción. Se dirá que en los tiempos de mayor auge fué el teatro en España, en Francia, en Inglaterra, género tan marcadamente literario que usaba del verso y la prosa en una misma pieza. Es fácil retorcer ese argumento. La prosa es hoy tan literaria como el verso. Hay razones para creer que en un principio la forma natural de expresión del hombre era un género de frase en que predominaban o el ritmo o la rima. De ello hay testimonio en los viejos refranes, para formular los cuales la sabiduría humana buscaba inconscientemente el apoyo de las rimas o de las medidas prosódicas con el fin de hacer más duraderas sus enseñanzas. He leído en una vieja historia de las tribus brasileñas que había entre ellas alguna o algunas cuya forma natural de expresión era el verso. Además, entre la prosa y el verso no hay diferencia esencial, sino meramente de grado. Es difícil señalar el punto en que una empieza y termina la otra. Ambas pueden ser literatura o dejar de serlo según el temple del instrumento. Son literatura (en el sentido que da Verlaine a esta palabra en su «Art Poétique»), las arengas de Castelar, a manera de ejemplo. No son literatura, o no me lo parecen, las frases ritmadas de «La verdad sospechosa», teatro puro, aunque superficial e inclinado a la caricatura. Aunque las importunas explicaciones con que mentes rudimentarias suplementan la película del cinematógrafo fuesen escritas por Boccaccio o estuviesen redactadas en verso de tan puro lirismo como el de las coplas de Jorge Manrique, no por eso había de figurar el cinematógrafo entre las artes literarias. Importa repetirlo: el dramaturgo no trabaja con palabras sino con hombres. Las frases que escribe para poner en boca de sus personajes no han de tener otro objeto que señalarle al actor los rasgos esenciales y los matices del carácter que representa. El actor que sabe su oficio se sale a menudo de este derrotero y mejora la obra. Estas intercalaciones de actores atrevidos y conscientes de su arte, las supresiones que solían permitir-

se, no sin reemplazar con la mueca los abajados de una retórica fastuosa, son las que complican hoy de manera desesperante la labor de los críticos empeñados en determinar lo que es obra de Shakespeare en las que llevan su nombre, lo que incrustaron en ellas actores y empresarios de la época, lo que suprimieron sin misericordia, o lo que Shakespeare mismo puso en obras ajenas, a las cuales les ha asignado su paternidad una tradición más precipitada que inteligente o respetuosa. El episodio dramático tiene valor principalmente como rumbo en que se desenvuelve el carácter de un hombre; pero las cualidades literarias de las frases que este hombre diga nos tienen sin cuidado a los espectadores del drama. Puede hablar como un paleta si es un paleta; puede hablar mal la lengua si se trata de un extranjero. En rigor, nada importan la literatura y la retórica en el lenguaje de los personajes, porque es sabido que en la realidad el diálogo de las gentes es una confabulación abierta contra la sintaxis y la retórica, sin que se escape el sentido común. Las gentes que hablan correctamente en la conversación ordinaria dan la impresión de estar diciendo un discurso aprendido de memoria y son siempre individuos enfermos de afectación. «El señor X no habla», decía un espíritu maleante refiriéndose a un hombre de muy brillante y correcto decir; «el señor X no conversa, redacta». Lo mismo puede decirse de las personas dramáticas en la mayor parte de las comedias. Los actores se tornan en modelo de elocuencia cuando recitan los papeles que para ellos han compuesto Benavente, o Brioux, o Gabriel D'Annunzio. El teatro de Ibsen adquirió sobre las almas el ascendiente mágico de que da testimonio la escena universal, no porque no fuera literario, sino porque redujo a lo mínimo la dilución de la literatura en su vasta obra de genio. Es tan reducida la cantidad de literatura que hay en el teatro de

Ibsen de su mejor época, que basta un conocimiento mediano del noruego para leer sus dramas de diálogos premurosos, de frases entrecortadas, en que las muletillas y las perogrulladas forman el mayor volumen de la parte recitativa. Por eso, cuando algún personaje de estos dice una verdad extraordinaria en forma breve y como desprevenida, resalta más su significado en el ánimo de los espectadores. Los más grandes dramaturgos no fueron siempre hombres de muchas letras. Poco sabemos de Shakespeare; pero es notorio, a pesar de sus citas latinas, de sus escenas en mal francés, de sus nombres de personajes en italiano, de sus dramas históricos, de sus conocimientos de ciertas formas legales, que su bagaje literario no era de los más abundantes. Su gran mérito como autor de dramas estriba en que por haber vivido por detrás de bastidores, consideraba al hombre como instrumento dramático y miraba la vida toda, sonriendo interiormente, desde el proscenio, no desde la torre de marfil de los literatos y los doctos. Casi todos los grandes dramaturgos han vivido como Shakespeare detrás de bastidores. Para ellos el teatro es un arte independiente, sin nexos con la literatura.

Hace unos pocos años ruedan por el mundo occidental compañías de cómicos rusos, precedidos, de capital en capital, por la buena fama del «Teatro de Arte», creación, según parece, de los intelectuales de Moscú. El éxito de este género es una de las insinuaciones más tremendas contra la pretensión, que ha durado varios siglos, de hacer del teatro un arte literario. Uno de los principales éxitos logrados por estos precursores de una nueva idea dramática estriba en el empeño de hacer del hombre un fantoche. ¿Qué otra cosa somos cuando nos miramos fríamente hacia adentro? Esta idea es la base fundamental de todo teatro. En cuanto ocupa las tablas, el hombre pasa a la categoría de los títeres. Va a representar hombres como los representaba el Maese Pedro, pero él mismo es apenas algo más que una figura de cartón. Maese Pedro tenía un acólito para iluminar la mente de su auditorio. El talento del hombre fantoche y del autor de comedias, capaz de mirar al mundo, como Shakespeare, exclusivamente desde el proscenio, consiste en eliminar o en reducir a un minimum la cantidad de literatura necesaria para hacer comprensibles la acción y los caracteres de los personajes; la literatura del «muchacho intérprete y declarador de los misterios del retablo» como dijo Cervantes.

En el Teatro de Arte ruso el hombre se convierte en fantoche descaradamente en los «Soldados de madera»; con ciertas limitaciones en la «Historia de Katinka». Este teatro y la creciente prosperidad del cinematógrafo abren una nueva perspectiva a la mirada inteligente del moderno autor dramático. El teatro es un arte inferior y es menester exaltarlo poniéndolo fuera de la literatura.

B. SANÍN CANO

(La Nación, Buenos Aires).

Libros y folletos de ocasión a precios módicos

Tenemos encargo de vender los siguientes:

José M. del Hogar: <i>Las primeras espigas</i> (novela).....	2.00
Maltrana: <i>Chile Nuevo</i>	2.00
P. Henríquez Ureña: <i>Mi España</i>	4.00
R. Heliodoro Valle: <i>Anfora Sedienta</i> ..	4.00
Alfonso Reyes: <i>Cartones de Madrid</i> ..	1.00
N. Murray Butler: <i>El significado de la educación</i>	4.00
M. D'Azeglio: <i>Mis recuerdos</i> (3 tomos).....	4.50
R. Dozy: <i>Historia de los musulmanes de España</i> (4 tomos).....	6.00
Emerson: <i>El poeta</i>	0.25
Arturo Borja: <i>La flauta de ónix</i>	2.00
R. Rolland: <i>Nicolai y el pensamiento social contemporáneo</i>	1.25
Luis Carlos López: <i>Por el atajo</i>	5.00
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i>	0.75
J. Muñoz Escámez: <i>H. Berlioz: Su vida y sus obras</i>	2.00
Rodolfo Rocker: <i>Artistas y rebeldes</i> (Poe, Tolstoy, Wilde, Kropotkine, etc.).....	4.00

Noticiario

(1923)

Hemos adquirido ya la esperada obra de Rogelio Sotela: *Escritores y Poetas de Costa Rica*, como si dijéramos una segunda edición aumentada, y mejorada, de los *Valores Literarios de Costa Rica*. En todo sentido este segundo esfuerzo del Sr. Sotela es considerable y estimable. En lo editorial es algo inusitado en Costa Rica: 704 páginas en cuarto, tipos cuerpo 12 y 8. Una obra de este calibre editorial aquí cuesta un bigote y estamos obligados, todos los que podamos, a ayudarle al Sr. Sotela, que en esto, como en tantas otras cosas, es hombre valeroso y resuelto.

Cinco generaciones de escritores costarricenses abarca el libro: un total de más de 135 escritores inscritos como tales, en todas las actividades del caso: letras, ciencias, religión, etc. Como se ve, de escritores no anda escasa Costa Rica. Y esto, que con el amplísimo criterio del autor, son tantos los que ha incluido en su compilación, que por fuerza se le han quedado algunos nombres.

Con lo que hay, el Sr. Sotela construye. Compila y elogia. No es compilador negativo; en todas las advertencias que preceden a las páginas escogidas, hay siempre la nota cordial. Caso raro de generosidad intelectual este del Sr. Sotela, por lo que lo aplaudimos. A haberse interesado un poco más los vivos por ayudarle a hacer la compilación, la cosa habría resultado mucho mejor. Nos consta las mil y una dificultades que el autor ha tenido con la indiferencia, la inercia de nuestros escritores.

Con esta obra se ha mostrado el Sr. Sotela, una vez más, buen hijo de Costa Rica, a quien ama, sirve y honra. Este libro, como el de *Valores*, será más estimado y solicitado en el exterior que aquí; lo que redundará en honor de Costa Rica. Pero es lo cierto, que con dinero de costarricenses hay que pagar la costosa edición, que en otras partes habría sido tarea de gobiernos. Quienes puedan, que le ayuden. El esfuerzo del Sr. Sotela es digno de las mayores simpatías.

Llevar esta edición a las escuelas y colegios de la República sería una buena medida de gobierno escolar. Para iniciar a los muchachos nuestros en el conocimiento de los autores nacionales se presta la obra de que a la ligera hacemos referencia.

Nos llega el primer número de *La Escuela Salvadoreña*, mensuario de

cultura, ciencia y educación. Es Revista del Ministerio de Instrucción Pública de El Salvador. Una garantía, una esperanza: la dirige ALBERTO MASFERRER. En la portada del primer número se lee esto, que dice tanto:

LA SAL DE LA TIERRA Y LA LUZ DEL MUNDO

PALABRAS QUE SE DIJERON PARA LOS MAESTROS DE TODOS LOS TIEMPOS

Vosotros sois la sal de la tierra.

Si la sal se vuelve insípida ¿con qué se le devolverá su sabor? Ya no sirve sino para ser arrojada, y hollada de las gentes.

Vosotros sois la sal del mundo.

La ciudad edificada sobre un monte, no puede ser escondida; y la luz no se enciende para ponerla debajo de un celémín, sino en un candelero; para que alumbre a todos los de la casa y sea vista de los que entran.

Así debe brillar vuestra luz a los ojos de los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a Vuestro Padre que está en los cielos.

Si un ciego quiere guiar a otro ciego, ¿no caerán los dos en la fosa?

Las secciones de la Revista señalan un plan meditado. Enumerémoslas para ejemplo y estímulo:

SECCIONES DE LA REVISTA

- 1ª—Biblioteca del Maestro. 2ª—Ideario. 3ª—Educación física. 4ª—Para el hogar. 5ª—Asistencia y estadística. 6ª—Alojamiento y provisión. 7ª—Inspección y gobierno. 8ª—Consejo técnico. 9ª—Sugestiones y es-

tudios. 10ª—Vida y doctrinas de los grandes educadores. 11ª—Cooperación social. 12ª—Labor de los municipios. 13ª—Nuestro país. 14ª—Crónica de las escuelas. 15ª—Trabajos del Ministerio de Instrucción Pública. 16ª—Crónica extranjera. 17ª—Editoriales. 18ª—Notas varias, y 19ª—Glosario.

La *Revue de l'Amérique Latine*, editada en París, mensuario muy acreditado y de gran circulación en nuestra América, honra a dos escritores costarricenses.

En la entrega de agosto de 1923 publica—vertido al francés—un compendio del libro del Sr. Rogelio Sotela, de que antes hablamos, sobre la vida literaria de Costa Rica: referencias de Alfaro Cooper, Facio, Fernández Guardia, Alvarado Quirós, Brenes Mesén, Omar Dengo, Carmen Lira, etcétera. En uno de los próximos números del REPERTORIO daremos ese compendio.

En la entrega de setiembre de 1923 publica la traducción francesa del cuento *La Mala Sombra* (Le mauvais sorte) de García Monge. Traduce el señor Georges Pillement y lo hace muy bien, por cierto. La nota al pie es muy satisfactoria y la agradecemos cordialmente. Dice así:

J. García Monge s'est consacré avec une si parfaite abnégation à la gloire des autres, qu'il s'est oublié lui-même. Ceux qui suivent en Amérique son oeuvre de noble propagande intellectuelle (Editions Ariel, *El Convivio*, ou *Repertorio Americano*), ne savent pas toujours que le charmant écrivain de Costa Rica est le conteur attendri et rieur des scènes champêtres de son pays.

FRUTOS DE LA DICTADURA MILITAR

Nos llegan los dos últimos números (388 y 389) del querido y esperado colega *España*, de Madrid.

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

En el Núm. 388 nos hallamos con este suelto:

NUESTRO SILENCIO

Este número ha sido revisado por la censura militar. Con las planas censuradas, recibimos la orden de sustituir los originales tachados. El periódico no puede salir con blancos. El lector nos perdonará el forzoso desorden de la confección.

Y esto que viene al caso:

Siempre que hay censura surge el tema de la censura. La censura que impide discutir, es discutida. Adularla me parece una bajeza; combatirla perder el tiempo, puesto que no ha de desaparecer por eso. Pero puede tratarse de la cuestión en abstracto.

Hay opiniones para todos los gustos. No falta quien sostiene que la censura es muy útil para avivar el ingenio de los periodistas, incitándoles a buscar maneras de decir lo que no puede decirse. No me convence. El escritor que se dirige a la opinión pública no debe conducirse como un prestidigitador o como un chico de escuela que hace travesuras a espaldas del maestro. Si un régimen de fuerza le impide discutir libremente, es más serio y más digno callarse que no hacer esos juegos malabares con sus opiniones.

Los censores no son envidiables, a pesar de su jurisdicción. Su trabajo es ingrato, antipático, impopular entre los censurados y expuesto a descontentar a los que mandan censurar. Los censores no suelen estar preparados para la función; tienen que olvidar sus opiniones, revisar con rapidez textos que a veces les parecerán dudosos, pues las instrucciones generales no pueden preverlo todo. El primero que da un suspiro de satisfacción al suprimirse la censura es el censor. También él queda libre.

No soy partidario de la dictadura militar ni civil, ni de la censura; pero de padecerla lo mismo se me da que sea militar, que civil o eclesiástica. La peor de todas sería una censura ejercida por periodistas «esquiroleros» que llevasen al oficio toda la bilis y todos los rencores del tráfuga.

Del tema de la censura al de la libertad de la Prensa no hay más que un paso. El uno es parte del otro. Es lícito opinar contra la libertad de la Prensa, mas por parte del periodista es una contradicción, a menos de que confiese francamente que quiere la libertad para sí y la mordaza para sus adversarios. Esto por lo menos, es una actitud clara.

Pedir que se cercene la libertad de la Prensa cuando se ha establecido la censura y declarado el estado de guerra y suspendido las garantías constitucionales, no es un prodigio de oportunidad. ¿Le parece poco a «El Debate»? ¡Qué pasión, qué ensañamiento

no habrá en las derechas, cuando un periódico templado, inteligente, de figurín moderno, no advierte, por lo menos, la importancia del momento para esas expansiones! Si éstos han de ser los herederos del Directorio militar, viva cien años el Directorio, y que la letra a noventa días de que habla el general Primo de Rivera se convierta en un arrendamiento por noventa y nueve años.

Entretanto, sería cosa de averiguar si la «oreja de oro» que ha instituido la Asociación de la Prensa puede otorgarse a los puntille-

ros. En este caso, propongo que se le conceda a «El Debate», como puntillero de la libertad de imprenta.

¿Pero existía la libertad de la Prensa? Entendámonos. Puede haber licencia, libertinaje, lo que ustedes quieran, y no haber libertad plena. Con la ley de Jurisdicciones, la libertad era una libertad coja o quebrada; con aparato ortopédico, que dijo el Sr. Mauera, nuestro primer especialista en frases.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.
(El Sol, Madrid).

Una vergüenza para la América Latina

Mérida, Yuc., setiembre 23.

EL periodista León Guzmán, en un editorial publicado el día de hoy, titulado «Una vergüenza para la América Latina, una ergástula en medio de diez y nueve corazones», excita a todos los colegas de la América Latina, y, en primer término a los periodistas mexicanos y centroamericanos que se acaban de reunir en reciente Congreso en Mérida, Yucatán, para que abran la más enérgica campaña contra los sátrapas que oprimen a Venezuela, o sea la familia de los Gómez, capitaneada por Juan Vicente Gómez. La campaña debe enderezarse en el sentido de que las demás Repúblicas Latino-americanas retiren de Caracas su representación diplomática, como una protesta contra los crímenes de lesa humanidad que está cometiendo esa dictadura, a fin de demostrar a los Gómez que la América Latina reprueba esos crímenes, y desautoriza el sistema dinástico que han erigido en Venezuela, en donde a Juan Vicente deben sucederle su hijo y sus hermanos en el poder en el caso de que muera. Esto constituye una traición vil contra la causa republicana, que por un siglo ha luchado y triunfado en todo el continente. Además, la serie de crímenes que viene cometiendo en el poder esa dictadura, es de tal naturaleza, que tampoco pueden dejar sin protesta ese capítulo los periodistas de las repúblicas libres de la misma raza. La historia de la dictadura Gómez en Venezuela, en resumen, es la siguiente: Juan Vicente Gómez fué uno de los más allegados esbirros de Cipriano Castro, durante los nueve años de la dictadura de Castro y fué quien lo sucedió, por una traición infame, cuando aquel hubo de dejar, por enfermedad, el Poder. Esto sucedió en 1909. Desde entonces, es decir, durante diez y siete años, Gómez ha establecido en Venezuela un despotismo todavía más cruel y odioso que el de su antecesor. Ninguno de los crímenes le ha sido desconocido. Sus procedimientos de gobierno son el robo, el asesinato, las prisiones, los suplicios y cas-

tigos infamantes. Ha tenido la sombría honra de agregar nuevos suplicios a los que ya ha anatematizado la historia. Ultimamente se ha hecho reelegir Presidente por 7 años más: a pesar de que lo está corroyendo un cáncer. Ha designado como sucesores suyos a su hermano Juan C., y a su hijo José Vicente, en calidad de Vicepresidentes. Pero el hijo, José Vicente, movido por el apetito de mando, hace poco ha asesinado a su tío, para suceder directamente a su padre.

Así, la historia moderna venezolana, de ese país que ostentó tanta dignidad y gloria en épocas anteriores, se ha convertido en algo tan lúgubre y horripilante como los regicidios de los balcanes. Se calculan en más de diez mil los venezolanos que han perecido, en medio de torturas, en las prisiones y calabozos que mantiene esta dictadura. Un número no menor de cincuenta mil venezolanos, anda desterrado por las Antillas, Colombia, Centro América, y otros lugares del Continente. El infortunio de ese pueblo, no puede ser ignorado en América. La prensa libre de los demás países, debe tomar a su cargo el hacer que los gobiernos de las repúblicas hermanas demuestren su desaprobación a tales horrores, retirando de Caracas a los diplomáticos complacientes, que por otra parte, son corrompidos por el oro de Gómez para que lo exhiban como un Gobierno regular ante el mundo. Además, la servil complacencia de Gómez para con los yanquis, ha llegado al punto de enajenarles, a título de concesiones petroleras, grandes extensiones de la costa del Caribe. No puede concebirse nada más contrario a los ideales que ha sostenido la América Latina, y sigue sosteniendo actualmente, que un gobierno de tal especie, dinástico y traidor a los propios intereses de la

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio \$ 2.50
Síntaxis y Diferencias (Tres series).
Precio de cada serie \$ 2.50

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

nacionalidad. El pueblo venezolano yace, por el momento, incapacitado de libertarse en esos sopores en que suelen sumirse las sociedades; pero las demás naciones de América están en el deber de demostrar su reprobación a Gómez, en resguardo de la dignidad y fraternidad común de esta familia de repúblicas.

(El Heraldo de México, México, D. F.)

Gacetilla Bibliográfica

Almanaque Ilustrado Hispano-Americano para 1924

(AÑO XV DE SU PUBLICACIÓN)

Lujosamente presentado, acaba de publicar la Casa Maucci, de Barcelona, este popular Almanaque para el año próximo, que supera al del año anterior, pues cada vez está mejor presentado, y puede competir dignamente con cuantas publicaciones de su género ven la luz en todos los países, no sólo por lo abundante y escogido de su texto, sino por la profusión de sus grabados y el esmero con que ha sido confeccionado por su director y fundador, el conocido escritor don José Brissa.

En las primeras páginas del Almanaque, después de las acostumbradas secciones astronómicas, encomendadas a eminentes firmas, se hace mención de los acontecimientos más señalados, para dedicar después espacio necesario a cuantos asuntos se relacionan con Hispano-América, justificando el título de este Almanaque, único en su género, y que es, sin disputa, el de mayor circulación en todas las naciones de habla castellana.

Merecen especial atención las inspiradas poesías que el Almanaque inserta, enviadas expresamente por los vates americanos de la nueva generación, y la multitud de cuentos, chascarrillos, epigramas, anécdotas e historietas gráficas que contiene, sin contar con las secciones dedicadas a los sucesos más salientes del año; todas ellas ilustradas y que hacen de tan curioso libro una verdadera enciclopedia ilustrada para 1924.

Las mejores firmas literarias de España y de América han cooperado a tan valioso conjunto, y teniendo en cuenta lo abundante de la lectura y la artística presentación de este Almanaque, creemos que está llamado a obtener un éxito digno de la Casa que lo edita.

Forma un elegante tomo de 352 páginas, con infinidad de ilustraciones y preciosa cubierta, reproducción de un célebre cuadro de Velázquez, y se vende al precio de 2 PESETAS, en todas las librerías.

Los estudiantes uruguayos contra los armamentos

Manifiesto a los estudiantes americanos

Los mercaderes de armas y los políticos torpes, anquilosados y empobrecidos, están inflando en América la sospecha de la guerra. Es un viejo fantasma que, periódicamente, cuando a los negocios o a un patriotismo de relumbrón y banderetas interesa, se saca de los armarios de la diplomacia para pasearlo al aire libre y quitarle la polilla. Pero es absurdo que esa sospecha pueda ensombrecer nuestras tierras. Nada nos separa, y no tiene la túnica dorada y a ratos agujereada del patriotismo, cuerpo que vestir, interés abyecto e inhumano que cubrir, como no ser el personal de los gobernantes; ni son antagónicos nuestros comercios, ni tenemos reivindicaciones territoriales que defender, porque, las que pudieran existir, han sido sometidas al arbitraje; ni podemos tampoco arrojar—cebo excitante para atraer a la trampa—a la ingenuidad impulsiva de las muchedumbres, ningún odio histórico, sabia y maquiavélicamente mantenido hasta hacerlo estallar.

Nada nos separa, pues: ni conflictos económicos, ni tendencias raciales; ni usurpaciones de tierra; ni sentimientos religiosos; ni formas políticas; ni cultura, ni temperamentos, ni ideologías, ni sensibilidades. Mienten los que afirman lo contrario. Sólo pueden separarnos—si es que no tenemos fortaleza para crear en nuestras tierras la justicia en la paz a que están destinadas históricamente por el origen y por el tiempo,—odios, usurpaciones y antagonismos comerciales futuros, la impudicia de los políticos, el solitario enfermizo sueño de dominación de

algún desequilibrado. No hay otra causa de guerra, y la juventud debe gritarla: o el interés inmundo de traficar con la muerte, que es el de los mercaderes abarrotados de armas, a un epiléptico y repudiable afán de hegemonía, que puede ser el de los gobernantes. Y si la guerra viene, la responsabilidad no recaerá tanto sobre los políticos que la produzcan, como sobre los hombres libres que no la detengan aun a riesgo de sus vidas. De todos, los que cometerían el más horrendo crimen, serían los jóvenes: los otros tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, porque se los tapó un día el interés o el reblandecimiento. Los hombres nuevos del Uruguay nos dirigimos a todos los hombres nuevos de América, para pedirles que nos acompañen en la formación de esta protesta y en el compromiso—llevado hasta la muerte—de mantener la paz. Nos dirigimos a todos, a los de Chile y a los del Brasil, a los del Perú y de la Argentina, a los del Paraguay y a los de Venezuela, y Colombia y Ecuador y Bolivia y Panamá, e invocamos, para elevar nuestro pensamiento hasta la América única y fraternal, a las sombras gloriosas,—que al decir de José Martí, van y vienen por el aire hasta que no está su obra completa,—de los muertos comunes: desde Bolívar, el hombre de la libertad, a Ruy Barbosa, el hombre de la justicia; desde San Martín, el combatiente, a José Enrique Rodó, el predicador.

(Firmado): Por el Centro de estudiantes de ingeniería y agrimensura: Santiago Mauri, Carlos R. Vega Garzón; por la Asociación de los estudiantes de medicina: Adolfo Labroca, Enrique Castro; por el Centro estudiantil Ariel: Rogelio Braceras, Alfredo D. Levrero; por el Centro cultural Liceo nocturno: Fernando Casada, Alberto Castro; por el Centro de estudiantes de odontología: Arturo Bustamante, Mario A. Pertierra; por el Centro de estudiantes de derecho: José Irureta Goyena (hijo), Mario Falcao Espalter; por el Centro de estudiantes de arquitectura: José M. Muracciole, Julio Bastos Kliche; por el Centro de estudiantes de agronomía: Juan Carlos Ponce de León, Carlos M. de los Campos; por la Asociación de estudiantes de notariado: Nelson Risso, Floriano Bonomi; por el Centro de estudiantes de comercio: Raúl Previtale, Carlos Duprat.

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o, en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del giro, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO